

Para viajar a Roma

Si se desea visitar una ciudad sin perderse un rincón es imprescindible tener un buen guía. Conocer la Ciudad Eterna de la mano de san Josemaría puede ayudar a descubrir los mismos lugares que él visitó y que le sirvieron para enraizar su fe en la de los primeros cristianos. Descarga el libro electrónico en el que te contamos sobre 11 lugares de Roma de la mano del fundador del Opus Dei.

07/04/2025

Si se desea visitar una ciudad sin perderse un rincón es imprescindible tener un buen guía. Conocer la Ciudad Eterna de la mano de san Josemaría puede ayudar a descubrir los mismos lugares que él visitó y que le sirvieron para enraizar su fe en la de los primeros cristianos. Ofrecemos una recopilación en formato epub con los artículos publicados sobre lugares de Roma.

Descargar archivo en epub

Acudiendo a las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, esta guía tiene el objetivo de extraer todo el fruto posible de algunos recorridos que se presentan. Porque para un cristiano, que goza de la luz de la fe, Roma no es sólo una ciudad de gran interés artístico o histórico, sino mucho más: es su Casa, una vuelta a sus orígenes, el escenario de una maravillosa historia –la del Amor infinito de Dios que quiere llegar a la

humanidad entera– que será siempre actual y que nos interpela en este Año de la Fe, cuando todos los hijos de la Iglesia tenemos por delante el reto de la nueva evangelización.

Indice

Presentación

1. La Basilica de San Pedro
2. La plaza de San Pedro
3. El Panteón y Santa Maria "sopra Minerva"
4. Las catacumbas de San Calixto
5. La Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén
6. El foro romano
7. El Coliseo

8. La Via Appia

9. La memoria de San Pablo

10. Las «edicole» de la Virgen

11. San Juan de Letrán

Presentación

San Josemaría es un buen guía para recorrer muchos lugares de Roma que él visitó para enraizar su fe en la de los primeros cristianos:

- Las catacumbas de san Calixto
- La Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén
- El foro romano
- El Coliseo
- La Via Appia
- La memoria de Pablo
- Las «edicole» de la Virgen

– San Juan de Letrán

El objetivo de estos artículos sobre los Lugares de Roma es conocer un poco mejor los principales vestigios de la historia de la Iglesia que se conservan en la Ciudad Eterna. Lo haremos siguiendo los pasos del Fundador del Opus Dei: acudiendo a sus enseñanzas con el fin de extraer todo el fruto posible del recorrido. Porque para un cristiano, que goza de la luz de la fe, Roma no es sólo una ciudad de gran interés artístico o histórico, sino mucho más: es su Casa, una vuelta a sus orígenes, el escenario de una maravillosa historia – la del Amor infinito de Dios que quiere llegar a la humanidad entera– que será siempre actual y que nos interpela especialmente al comienzo del tercer milenio, cuando todos los hijos de la Iglesia tenemos por delante el reto de la nueva evangelización.

El día 23 de junio de 1946 el fundador del Opus Dei viajó por primera vez a Roma. Este acontecimiento evidencia muchos aspectos de la vida de san Josemaría: su abandono en las manos de Dios y fortaleza heroica para cumplir su Voluntad; su confianza en la Iglesia y su amor al Papa; los sueños de expansión apostólica –que parecían imposibles– y el afán de romanidad: entraña universal, católica, asentada en el fundamento visible de la unidad de la Iglesia, que es Pedro.

Una vez preguntaron a san Josemaría cuándo había pensado por primera vez en viajar a Roma, y su respuesta fue tan concisa como reveladora: “No he pensado nunca venir a Roma. He debido venir, porque el Opus Dei nació romano” (1). En otras ocasiones explicaba con más detalle el sentido de la romanidad de la Iglesia, de la que participa el Opus Dei: “Para mí,

Romana es sinónimo de Católica, Universal y Ecuménica” (2), comentaba en 1964 durante un encuentro. Y algunos años más tarde, escribía: “Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y de Pablo, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero” (3).

La Iglesia de Cristo es romana, porque la Providencia divina dispuso que en Roma estuviese la sede de Pedro, fuente de unidad y garantía de la transmisión del depósito de la fe revelada. Lógico es, por tanto, que los cristianos quieran romanizarse

cada vez más, de manera que se cumpla también en cada uno lo que San Josemaría auguraba a algunos de sus hijos recién llegados a la Urbe: “Roma os dejará un zarpazo en el alma, una huella profunda y duradera, si habéis aprovechado bien el tiempo. Y sabréis ser hijos más fieles de la Iglesia, y tener un amor más sobrenatural al Santo Padre” (4).

Notas

AGP: Archivo general de la Prelatura del Opus Dei

1. San Josemaría, AGP, P01, 1968, p. 224

2. San Josemaría, AGP, P01, II-1964, p. 17

3. San Josemaría, Homilía Lealtad a la Iglesia, 4-VI-1972 (publicado en La Iglesia, nuestra Madre)

1. La basílica de San Pedro

San Pedro recibió el martirio durante la persecución contra los cristianos decretada por Nerón después del incendio de Roma, en el año 64. El Príncipe de los Apóstoles había llegado a la Urbe algunos años antes, siguiendo el mandato del Señor que recoge el Evangelio según Marcos: “id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará”(1).

¡Con qué veneración mirarían a Pedro los cristianos de Roma...! No en vano había sido el primero en confesar la divinidad del Señor, le había acompañado durante los tres años de su vida pública y había

recibido del Maestro las llaves del Reino de los Cielos: era la cabeza de la Iglesia, y su presencia en la capital del Imperio convertía a esta ciudad en el centro y el corazón de la naciente expansión cristiana.

Cuando empezó la persecución, el primer Papa entendió que estaba cercano el cumplimiento de la profecía que muchos años atrás le había hecho el Señor, junto al Mar de Tiberíades. Tenía bien grabada la escena, que San Juan relata en su Evangelio:

“Le dijo Jesús: –Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven te ceñas tú mismo y te ibas adonde querías; pero cuando envejezcas extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras –esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: – Sígueme”(2).

Una vida al servicio de la Iglesia

Después de una vida al servicio de la Iglesia, había llegado para Pedro el momento de seguir a Cristo hasta identificarse totalmente con Él. No tardó en ser apresado y ajusticiado en una cruz: cabeza abajo, porque en su humildad juzgó que no era digno de morir del mismo modo que Nuestro Señor.

Es probable que el lugar de su martirio fueran los horti neronis, unas tierras que el emperador poseía en los alrededores de la antigua Roma, junto a la colina Vaticana. Allí Calígula había comenzado a edificar un circo privado, cuya construcción prosiguió Claudio y que fue terminado en tiempos de Nerón. Quizás la ejecución de Pedro ocurrió durante uno de los espectáculos que se celebraban en ese lugar. A veces Nerón abría las puertas de su estadio a los ciudadanos de Roma, y él

mismo corría en su carro vestido de auriga ante el pueblo que lo aclamaba. De la dinámica de aquellos festejos durante la persecución a los cristianos nos ha dejado un buen testimonio el historiador pagano Tácito: «Los que morían eran tratados con escarnio. Cubiertos de pieles de animales, eran degollados por perros; o eran suspendidos en cruces; o, incluso, cuando ya se ponía el sol, se los quemaba vivos para iluminar la oscuridad de la noche» (3).

Una tumba de humilde tierra

Los cristianos recogieron el cuerpo sin vida de Pedro y lo enterraron junto a la ladera de la colina Vaticana, muy cerca del estadio de Nerón, fuera de las propiedades del emperador. La tumba era de humilde tierra, pero desde el primer momento se convirtió en meta de frecuentes visitas de los cristianos

romanos. Es fácil imaginar la emoción que sentirían al recordar el fecundo apostolado de Pedro en Roma. Antiguas tradiciones afirman que el primer Papa se alojaba en el Esquilino, en la casa del Senador Pudente, que fue una de las primeras domus ecclesiae en la Urbe y sobre la que después se edificó la basílica de Santa Pudenciana.

También debió de ser frecuente la presencia de Pedro en la casa de Aquila y Priscila –el matrimonio colaborador de San Pablo, del que el Apóstol de las Gentes habla varias veces en sus cartas–, que se encontraba en el Aventino, donde hoy se alza la pequeña Iglesia de Santa Prisca.

Muchas peticiones elevarían los primeros cristianos ante la tumba de San Pedro: fortaleza en la fe, un corazón grande como el suyo para amar al Maestro, ánimos para

comenzar y recomenzar... En sus luchas, ¡cuánto les ayudaría meditar el episodio de las negaciones, el arrepentimiento del Apóstol y la triple pregunta –Simón, ¿me amas? – con la que el Señor le confió el cuidado de su Iglesia! (4).

Resultaría natural que esta veneración se tradujese, también materialmente, en un progresivo enriquecimiento de su tumba. Es seguro que al menos desde el siglo II, ya se había edificado un modesto monumento funerario sobre la primitiva sepultura de tierra. Por otro lado, no olvidaban los cristianos las palabras que el Señor dirigió a Simón, dándole un nuevo nombre mientras le indicaba la nueva misión que debería llevar a cabo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (5).

Según la tradición, el altar de la basílica constantiniana se había construido en el siglo IV sobre el antiguo monumento funerario de Pedro; y exactamente encima, englobando y protegiendo los precedentes, se habían situado los sucesivos altares de Gregorio Magno y de Calixto II, en los siglos VI y XII, respectivamente. Por último, cuando Clemente VIII mandó erigir en 1594 el actual altar de la Confesión, se dispuso cubriendo de nuevo los anteriores.

Una seguridad confirmada por la arqueología

Durante muchos siglos, movidos por la fe y por su confianza en esta tradición, los peregrinos que llegaban a Roma de todas partes han venerado la memoria del Príncipe de los Apóstoles en su Basílica, convencidos de que allí se encuentra su tumba. Actualmente, gracias a las

excavaciones arqueológicas realizadas a mediados del siglo XX por deseo de Pío XII, es posible rezar ante el mismo sepulcro de San Pedro.

Esas excavaciones no hicieron sino confirmar, punto por punto, los datos que había transmitido la tradición: se descubrió el circo de Nerón, una necrópolis con enterramientos paganos y cristianos en buen estado de conservación, y sobre todo se encontró el humilde monumento dedicado a Pedro, que correspondía a las antiquísimas descripciones literarias de ese edículo y que, en efecto, se hallaba justo debajo de los sucesivos altares de la Basílica.

También se comprobó que, rodeando esa tumba, había otras muchas excavadas apretadamente, para que estuviesen lo más cerca posible de la central; y fue enormemente revelador el estudio de los grafitti –o inscripciones– en las paredes, pues indicaban de modo evidente que

aquélf era un lugar de culto cristiano y contenían numerosas aclamaciones a Pedro.

A través de la apertura practicada durante las excavaciones se puede ver el lóculo de mármol del monumento de Constantino. En la foto de la derecha, el interior del lóculo.

Uno de esos escritos había sido grabado junto a un pequeño lóculo, o apertura en el muro. Ese nicho contenía los restos de un varón anciano, de constitución robusta, y en algún momento habían sido envueltos en una tela color púrpura y oro. La inscripción sobre el lóculo, en griego, decía: PETROS ENI, Pedro está aquí.

Ante la tumba de San Pedro

Pedro está aquí. ¡Qué deseos tan grandes tendría el Fundador del Opus Dei de acercarse a la Basílica

vaticana para rezar ante la tumba de San Pedro...! Pasó su primera noche romana rezando en el balcón del apartamento que ocupaba con otros fieles de la Obra en la plaza de Città Leonina, con la mirada puesta en las habitaciones del Santo Padre. El día siguiente, 24 de junio, lo dedicó por completo al principal motivo de aquel urgente viaje: la solución jurídica para la Obra, que antes de embarcar había puesto, lleno de confianza y abandono, en las manos de Nuestra Señora, cuando de camino a Roma pasó por los santuarios del Pilar, Montserrat y la Merced, en Barcelona. “Teníamos que abrir una senda en la Iglesia, un camino nuevo, y los obstáculos parecían insuperables”, rememoraba en 1966 (6).

El fundador del Opus Dei pasó todo el día 24 sin salir del apartamento. A primera hora de la mañana, celebró la Santa Misa en un altar instalado

provisionalmente en el vestíbulo de la casa, pues aún no se había terminado el oratorio. El resto de esa jornada fue de intenso trabajo con don Álvaro, su más estrecho colaborador y después primer sucesor al frente del Opus Dei. San Josemaría quiso retrasar el momento de visitar la Basílica de San Pedro para ofrecer al Señor un sacrificio que le resultaba costoso, por los ardientes deseos de rezar ante la tumba del Apóstol que albergaba desde su juventud.

Acudió a la Basílica el día 25 por la mañana. San Josemaría recorrió recogido y en silencio el breve trayecto por la Plaza de San Pedro y la Basílica hasta el altar de la Confesión, bajo el que reposan los restos del Príncipe de los Apóstoles, donde estuvo rezando detenidamente. Sólo después, se detuvo a contemplar la grandiosidad del templo. No se conoce el contenido

de su oración, pero se puede suponer que renovó allí la profesión de fe – como solía

aconsejar siempre a quienes se acercaban a ese lugar– y manifestó una vez más su confianza y fidelidad inquebrantables al Papa y a la Iglesia.

Un recorrido por la Basílica

Durante los casi treinta años que pasaron hasta su marcha al Cielo, san Josemaría acudió muchas veces más a rezar en la Basílica de San Pedro. No seguía siempre el mismo recorrido por el interior del templo, aunque sí tenía costumbre de detenerse en algunos lugares fijos. Como cada vez que entraba en cualquier iglesia, en primer lugar solía dirigirse a la Capilla del Santísimo para saludar al Señor, y rezaba allí una Comunión espiritual. Esa Capilla se encuentra en la nave derecha de la Basílica, a medio

camino entre la puerta de entrada y el altar de la Confesión. El Santísimo está reservado en un monumental sagrario diseñado por Bernini, con dos esculturas de ángeles –una a cada lado– que adoran a Jesús Sacramentado.

Hay un segundo Sagrario en la Capilla que Juan XXIII dedicó a San José en 1963, situada en el extremo izquierdo del crucero de la Basílica; también iba en ocasiones a rezar ante la imagen del Santo Patriarca, que está representado joven y con el Niño en brazos.

Más adelante, no podía faltar el saludo a la Virgen: habitualmente lo hacía ante la Madonna del Soccorso. Su capilla está situada en la nave derecha, a continuación de la del Santísimo, y toma el nombre de un cuadro de la Virgen pintado en el siglo XI, que ya se encontraba en la primitiva basílica vaticana.

Naturalmente, el paso por el altar de la Confesión –en el centro del crucero– era obligado. Allí solía rezar un Credo, saboreando las palabras. Bajo el altar está la Confesión, obra de Maderno, en la que noventa y nueve lámparas votivas alumbran de manera ininterrumpida señalando el lugar donde, pocos metros más abajo, reposan los restos de San Pedro. Desde la balaustrada se puede observar el Nicho de los Palios, llamado así porque alberga un cofre en el que se guardan los palios de lana que el Papa entrega a los Arzobispos en señal de unidad con la Sede de Pedro. Sobre el altar, se alza majestuoso el baldaquino de Bernini: una obra ciertamente grandiosa, que ayuda a elevar el corazón con magnanimitad al Señor.

Otro lugar donde acostumbraba detenerse era la tumba de San Pío X. Los sagrados restos del Papa Sarto se encuentran en la nave izquierda,

cerca de la entrada, en una urna colocada bajo el altar de la Capilla de la Presentación. Allí reposan de manera definitiva desde 1952, aunque ya entre 1945 y 1951 –año en que fue beatificado– su cuerpo descansó en esa misma capilla, en el lóculo provvisorio que hay para los pontífices difuntos. San Josemaría profesaba una gran devoción hacia San Pío X, a quien nombró Intercesor del Opus Dei, encomendándole las relaciones de la Obra y de sus fieles con la Santa Sede.

Desde el 14 de septiembre del 2005

Hay otro lugar de la Basílica que desde el 14 de septiembre del 2005 está recibiendo muchas visitas de hijas e hijos suyos, Cooperadores y amigos de la Obra. En la nave de la izquierda, poco después de la tumba de San Pío X, se encuentra la entrada a la grandiosa Sacristía de San Pedro. A través de las ventanas del pasillo –

en realidad un cavalcavia– que conduce hasta ese recinto se puede observar la estatua del fundador del Opus Dei instalada en los muros exteriores del templo. Detenerse allí a contemplar el gesto acogedor de san Josemaría es una ocasión inmejorable para rogarle que haga crecer cada día más el amor a la Iglesia y al Papa de todos los fieles cristianos.

Notas

1. Mc 16, 15-16
 2. Jn 21, 17-19
 3. Tácito, Anales XV, 15-17
 4. Cfr. Jn 21, 15-17
 5. Mt 16,18
 6. San Josemaría, AGP P18, p. 313
-

2. La plaza de San Pedro

San Josemaría, recogido en oración, pisa por primera vez la plaza de San Pedro el 25 de junio de 1946.

La majestuosa fachada de la Basílica de San Pedro fue terminada en 1614, con la colocación en la balaustrada superior de las trece estatuas que representan a Cristo resucitado, a San Juan Bautista y a once Apóstoles. Sin embargo, por contraposición, la plaza carecía de forma definida: los edificios que rodeaban la basílica eran desiguales y la ordenación del espacio que había delante de la fachada no era adecuada para acoger dignamente a quien se acercaba a venerar la tumba de San Pedro.

Además, no había ningún tipo de protección del sol o de la lluvia, por lo que, durante las ceremonias solemnes, era necesario disponer pasajes cubiertos con lonas a lo largo del trayecto entre el palacio

apóstlico y la basílica. Estas razones motivaron que, desde el comienzo de su pontificado, Alejandro VII pensara en la necesidad de crear un acceso más digno y funcional para la Basílica de San Pedro.

El proyecto de organización de la plaza fue encargado a Bernini, que trabajó intensamente entre 1656 y 1667. El resultado es la maravilla que contemplamos en la actualidad. El propio Bernini explicaba que, con los dos hemiciclos ovales formados por las doscientas ochenta y cuatro columnas, había querido simbolizar los brazos de la Madre Iglesia que acogen a toda la humanidad.

No sabemos si Bernini imaginó que un día la plaza se quedaría pequeña para albergar la cantidad de fieles que se congregarían en oración, o para asistir a una ceremonia litúrgica, a la declaración de un Dogma o de un nuevo santo, en

unión con el Romano Pontífice. Además de las imágenes imborrables de la multitud reunida para la beatificación y la canonización de san Josemaría, los últimos momentos de la vida de Juan Pablo II con cientos de miles de personas congregadas de noche rezando el Rosario por el Papa, y las muestras de unidad vividas en torno a la elección de Benedicto XVI, han plasmado en la plaza de San Pedro estas palabras de san Josemaría: “Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!, ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos” (1).

Una vida de servicio a la Iglesia

El 25 de junio de 1946, san Josemaría pisó por vez primera la plaza de San Pedro. La cruzó recogido en oración, saboreando en intimidad con Dios los momentos previos a la realización de uno de los sueños de su vida: rezar ante la tumba de San Pedro.

Desde ese día, y durante los veintinueve años que vivió en la Ciudad Eterna, el Fundador del Opus Dei acudió muchas veces a rezar ante la basílica vaticana y el apartamento papal. Cuando se desplazaba por Roma, procuraba siempre que era posible pasar por San Pedro y, desde el borde de la plaza, sin descender del coche, rezaba un Credo por la Iglesia y el Romano Pontífice. Don Álvaro contó en alguna ocasión san Josemaría intercalaba algunas palabras: al llegar a “Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica”, decía tres veces seguidas: “Creo en mi Madre la Iglesia

Romana, y añadía: a pesar de los pesares”. Un día, creyó oportuno contar esta devoción suya a Mons. Tardini, que fue Cardenal y desempeñó el cargo de Secretario de Estado en el Vaticano. Éste le preguntó qué quería decir con esa expresión.”Sus errores personales y los míos”, respondió san Josemaría (2).

Comentando el sentido de esta anécdota, don Álvaro explicaba que el Fundador del Opus Dei deseaba subrayar “la necesidad de que los colaboradores del Papa fuesen muy santos y que estuviesen llenos del Espíritu Santo, para que en toda la Iglesia hubiera más santidad” (3). Era el amor lo que le llevaba a actuar así; un amor que transmitió a sus hijos durante toda su vida y que quedó refrendado para toda la Iglesia el 6 de octubre de 2002: “*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!* Llevar todas las almas a Jesús por

mediación de Santa María, en unión con el Sucesor de Pedro, Cabeza visible de la Iglesia universal, y con los Obispos del orbe entero, fue la aspiración más íntima de San Josemaría Escrivá de Balaguer, que por gracia de Dios el Santo Padre Juan Pablo II ha inscrito solemnemente en el catálogo de los santos” (4). Las Misas multitudinarias de los días 6 y 7 de octubre plasmaron de modo gráfico este deseo del fundador del Opus Dei. La plaza de San Pedro se convirtió en un marco perfecto para simbolizar, incluso visualmente, el omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!

«Il dolce Cristo in terra»

En la actualidad, quien llega a Roma y quiere ver al Papa acude a la plaza de San Pedro. El Angelus de los domingos –costumbre iniciada por Juan XXIII–, las audiencias de los miércoles y las multitudinarias

ceremonias litúrgicas atraen cada vez a más personas que se acercan para videre Petrum.

“Esta Iglesia Católica es romana. Yo saboreo esta palabra: ¡romana! Me siento romano, porque romano quiere decir universal, católico; porque me lleva a querer tiernamente al Papa, il dolce Cristo in terra, como gustaba repetir Santa Catalina de Siena, a quien tengo por amiga amadísima” (5). Asomado al balcón del apartamento pontificio, en el sagrato de la basílica o mientras da una vuelta en coche para saludar a los presentes, es fácil para todos los que acuden a la plaza ver en algún momento al Sucesor de Pedro. Las personas cambian, pero hay un testigo que, aunque mudo, ocupa desde hace siglos una posición privilegiada: el enorme obelisco que se alza en el centro de la plaza, y que lleva casi dos mil años contemplando las principales páginas de la historia

de la Iglesia; en primer lugar, el martirio de San Pedro.

Data del siglo XX a. C., y fue erigido en la antigua ciudad egipcia de Heliópolis, en honor del sol, en tiempos del emperador Amenemhet II. Fue traído a Roma por deseo de Calígula, en el año 40 de nuestra era; y se cuenta que, para transportarlo indemne, se llenó una nave de lentejas. El obelisco fue colocado en el centro del circo de Calígula, posteriormente circo de Nerón, a pocos metros a la izquierda de los muros de la actual basílica vaticana. Allí abrazó el martirio San Pedro y en las proximidades recibió sepultura su santo cuerpo. En 1586, Sixto V hizo que se trasladara al punto central de la actual plaza. Los preparativos duraron siete meses, y en el traslado tomaron parte novecientos siete hombres y se utilizaron setenta y cinco caballos. Sobre el obelisco se colocó una cruz

que contiene en su base un fragmento del Lignum Crucis.

«Mater Ecclesiae»

La plaza de San Pedro fue completándose a lo largo de los siglos. En 1613, Maderno recibió de Paolo V el encargo de realizar una fuente a un lado del obelisco. En 1670, Carlo Fontana la replicó en la parte opuesta, devolviendo la simetría. Además de las representaciones de Cristo y de los Apóstoles que hay sobre la fachada de la basílica, sobre las columnas se alzaron, entre 1662 y 1703, ciento cuarenta estatuas de santos. En 1847, se colocaron las dos imágenes de San Pedro y San Pablo en los laterales de la base de la escalinata del atrio. Y así quedaron las cosas, sin más cambios dignos de mención, hasta que, el 8 de diciembre de 1981, Juan Pablo II bendijo el mosaico de la Mater Ecclesiae, también llamada de

la columna, porque es copia de una representación pintada en el interior de la Basílica de San Pedro sobre una de las columnas de la antigua basílica constantiniana. Desde entonces se puede ver en el chaflán del llamado Palacio del mayordomo, a la derecha de la plaza.

Momentos antes de bendecir la imagen, el Papa pronunció estas palabras: –“Ahora bendeciré la imagen de la Virgen “Madre de la Iglesia”, manifestando el deseo de que todos los que vengan a esta plaza de San Pedro eleven hacia Ella la mirada, para dirigirle, con sentimiento de filial confianza, el propio saludo y la propia oración. “

Desde ese momento, siguiendo el consejo del Romano Pontífice, don Álvaro comenzó a rezar, además del Credo, una Salve a la Virgen cada vez que se acercaba a la plaza. También era un modo de poner en práctica

estas palabras de san Josemaría: “¡Madre! —Llámala fuerte, fuerte. — Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha” (6).

Notas

1. San Josemaría, Es Cristo que pasa, n.139.
2. Monseñor Álvaro Del Portillo, Entrevista sobre el fundador del Opus Dei, Rialp, Madrid 1993, pp. 14-15.
3. Ibid
4. Monseñor Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, Decreto, 6-X-2002, publicado en Romana, Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, Roma, julio-

diciembre 2002, Año XVIII, N. 35, p. 289.

5. San Josemaría, Homilía Lealtad a la Iglesia, 4-VI-1972.
 6. San Josemaría, Camino, 516.
-

3. El Panteón y Santa María ‘sopra Minerva’

Al entrar en la Piazza della Rotonda, el Panteón se alza de improviso ante los ojos del visitante, como si su mole de piedra gris emergiera incólume de la profundidad de los siglos. Es quizá el edificio mejor conservado de la antigua Roma, y su enorme cúpula constituye un alarde arquitectónico sin parangón.

Pero lo más impresionante viene cuando uno atraviesa el pórtico de vetustas columnas, penetra entre las

abiertas puertas de bronce y llega al interior del templo. Descubre allí la inesperada maravilla de la luz, que afluye desde la abertura redonda del techo, resbala por las paredes cilíndricas e invade todo el espacio con su serenidad dorada, llena de majestad y reposo.

El Panteón, como su nombre indica, era el templo que los romanos habían dedicado a una pluralidad de dioses. En la forma que ha llegado hasta hoy, fue construido bajo Adriano, entre los años 118 y 128 de nuestra era. Siglos más tarde, cuando el Imperio romano ya había sido en gran parte evangelizado, el emperador Focas lo donó a la Iglesia, y en el año 609 el Papa Bonifacio IV lo transformó en la iglesia de Santa María ad Martyres. A partir de entonces, el templo fue también un gran relicario, porque el Papa quiso que custodiase los restos de millares de cristianos, muchos de ellos

mártires, que hasta ese momento se encontraban en las catacumbas.

En esa época ya tardía, casi en los albores de la Edad Media, la dedicación del antiguo Pantheon pagano a los mártires ponía de manifiesto en qué alto grado la Iglesia se reconocía deudora de quienes habían sido testigos de Cristo hasta el extremo de entregar su vida por la fe. Niños como Tarsicio, vírgenes como Inés y Cecilia, madres de familia como Perpetua, ancianos como Policarpo... habían sido, en su debilidad, más fuertes que todas las legiones. Habían triunfado, como el Maestro, en la locura de la Cruz, y por eso merecían ser cantados y venerados en los siglos sucesivos.

En la historia de la Iglesia son muy numerosos los santos que han pasado al menos una temporada en Roma y se han distinguido por su devoción a los mártires. Un ejemplo

es Catalina de Siena, que residió en la Ciudad Eterna al final de su vida –del 28 de noviembre de 1378 al 29 de abril de 1380–, y gustaba ir a rezar ante las memorias de los Apóstoles y de los primeros cristianos que habían dado su vida por la fe.

Santa Catalina había acudido a Roma a ruegos del Papa Urbano VI, necesitado de su oración y consejo ante la gravísima crisis del Cisma de Occidente. La santa residía en una casa situada muy cerca del Panteón, acompañada por más de veinte caterinati –así llamaban a sus discípulos– que la habían seguido desde Siena.

También el Fundador del Opus Dei nutrió desde muy joven una gran devoción por los mártires que han sido en todas las Iglesias semillas de otros cristianos; así lo recordaba en un texto más reciente: “Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y

de Pablo, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo” (1).

Santa María sopra Minerva

Detrás del Panteón, y muy cerca de la calle donde vivía Santa Catalina, se encuentra la iglesia de Santa María sopra Minerva, donde reposan sus sagrados restos, en un sarcófago situado bajo el altar mayor. Esta iglesia –la única de estilo gótico en Roma– conserva en su interior gran cantidad de obras de arte de autores muy reconocidos, pero desde finales del siglo XIV ha sido visitada ante todo por fieles deseosos de acudir a la intercesión de la gran santa de Siena.

En la Urbe, Catalina se entregó de lleno al servicio a la Iglesia y del Romano Pontífice: por invitación del Papa Urbano VI, habló durante un

consistorio a los cardenales, instándoles a confiar en el Señor y a mantenerse firmes en la defensa de la verdad; escribió cartas a los reyes de los principales países de Europa, para convencerlos de que reconocieran al único y verdadero Vicario de Cristo; también se dirigió – con su estilo persuasivo, lleno de fuego– a varias personalidades de la cristiandad de aquel tiempo, animándoles a que acudieran a Roma per fare muro, para crear una muralla en torno al Papa; y pacificó a los mismos habitantes de Roma cuando, a causa de las intrigas urdidas por los cismáticos, se produjeron tumultos en la ciudad.

Y, por encima de todo, Catalina se dedicó a rezar. Ella misma contaba en una carta escrita pocos meses antes de morir, cuando ya estaba gravemente enferma, cómo eran sus jornadas: “Cerca de las nueve, cuando salgo de oír Misa, veréis

andar una muerta camino de San Pedro y entrar de nuevo a trabajar [orando] en la nave de la Santa Iglesia. Allí me estoy hasta cerca de la hora de vísperas. No quisiera moverme de allí ni de día ni de noche, hasta ver a este pueblo sumiso y afianzado en la obediencia de su Padre, el Papa” (2).

Santa Catalina hacía suyos los sufrimientos de la Iglesia en aquellas horas difíciles. En Roma, el Señor quiso aceptar el ofrecimiento de su vida por la Iglesia, que la santa le había reiterado en muchas ocasiones. Así, agotada por el dolor que oprimía su corazón a causa del cisma que desgarraba el Cuerpo Místico de Cristo, y padeciendo además graves dolencias físicas, entregó su alma a Dios rodeada de sus discípulos, a los que no se cansaba de recomendar que viviesen la caridad fraterna y que también

ellos estuviesen dispuestos a dar la vida por la Iglesia.

San Josemaría tenía devoción a Santa Catalina desde su juventud: en su honor, por ejemplo, llamó familiarmente catalinas a los cuadernos donde iba anotando apuntes de la intimidad de su alma.

Años más tarde, ante las dificultades por las que atravesaba la Iglesia, el Fundador del Opus Dei acudió a quien en una situación similar había sido una apasionada defensora de la verdad: “se me ha avivado la devoción, que en mí es vieja, a Santa Catalina de Siena” –escribía en una carta de 1964–: “porque supo amar filialmente al Papa, porque supo servir sacrificadamente a la Santa Iglesia de Dios y... porque supo heroicamente hablar”³.

Los cristianos hemos de saber hablar, para exponer de modo vivo y convincente las maravillas de Dios: la

realidad de la Iglesia, la belleza incomparable de la existencia cristiana, que da respuesta a las aspiraciones más profundas del corazón humano. Así, como los fieles cristianos de los primeros siglos, cambiaremos este mundo nuestro; facilitaremos que cada vez más personas se adhieran a la verdad y deseen proclamarla, para hacer partícipes a otros muchos de la libertad de los hijos de Dios, que conduce al bien de la sociedad humana y de las relaciones entre los pueblos: “la ignorancia es el mayor enemigo de nuestra Fe, y a la vez el mayor obstáculo para que se lleve a término la

Redención de las almas⁴, señala San Josemaría. Debemos difundir la verdad, porque veritas liberabit vos (Ioh VIII, 32). La verdad nos libera, mientras que la ignorancia esclaviza. Hemos de sostener el derecho de todos los hombres a vivir, a poseer lo

necesario para llevar una existencia digna, a trabajar y a descansar, a elegir estado, a formar un hogar, a traer hijos al mundo dentro del matrimonio y poder educarlos, a pasar serenamente el tiempo de la enfermedad o de la vejez, a acceder a la cultura, a asociarse con los demás ciudadanos para alcanzar fines lícitos, y, en primer término, a conocer y amar a Dios con plena libertad, porque la conciencia -si es recta- descubrirá las huellas del Creador en todas las cosas” (5).

Notas

1. San Josemaría, Lealtad a la Iglesia, 4-VI-1972.
2. Santa Catalina de Siena, Carta 373.
3. Carta a Florencio Sánchez Bella, citada en A. Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei, III, Los caminos divinos de la tierra, p.532.

4. San Josemaría, Carta 9-I-1951, n. 8,
citada en A.Vázquez de Prada, op.
cit., p. 286.

5. San Josemaría, Amigos de Dios, n.
171.

4. Las catacumbas de San Calixto

San Josemaría nos guía por las catacumbas de Roma para que apreciemos las hazañas, verdaderamente recias, que llevaron a cabo aquellos primeros cristianos. Con una confianza segura en la ayuda de Dios, sin hacer cosas raras, entraron en todas partes: en el foro, en los palacios, hasta en la casa del emperador.

La persecución ordenada por Nerón en el año 64 condujo al martirio a una gran cantidad de cristianos. Fue una dura prueba para la joven Iglesia

de Roma, que desde ese momento tuvo que afrontar además una terrible campaña de calumnias y desprecio entre el vulgo. Los cristianos eran calificados de ateos – se negaban a dar culto al emperador–, peligrosos para la unidad del Imperio y enemigos del género humano; y se les atribuían las peores atrocidades: infanticidios, antropofagia y desórdenes morales de todo tipo. Tertuliano (160-220) lo describía así: “No hay calamidad pública ni males que sufra el pueblo de que no tengan la culpa los cristianos. Si el Tíber crece y se sale de madre, si el Nilo no crece y no riega los campos, si el cielo no da lluvia, si tiembla la tierra, si hay hambre, si hay peste, un mismo grito enseguida resuena: ¡los cristianos a las fieras!” (1).

Hasta el 313, año en que se alcanzó la paz con el Edicto de Milán, la Iglesia vivió perseguida. Es cierto que estas

persecuciones no tuvieron siempre la misma intensidad y que, quitando algunos periodos concretos, los cristianos hacían vida normal; pero el riesgo de encontrar el martirio siempre estaba presente: bastaba la acusación de un enemigo para que se diera inicio a un proceso. Quien se convertía era plenamente consciente de que el cristianismo suponía una opción radical que implicaba la búsqueda de la santidad y la profesión de la fe, llegando –si fuera necesario– a la entrega de la propia vida. El martirio era considerado entre los fieles un privilegio y una gracia de Dios: una posibilidad de identificarse plenamente con Cristo en el momento de la muerte. Junto a esto, la conciencia de la propia debilidad les llevaba a implorar la ayuda del Señor para saber abrazarlo, si se presentaba la ocasión, y a venerar como modelos a los que habían alcanzado la palma del martirio. Es fácil imaginar cómo

emocionaría a la comunidad cristiana de Roma oír los detalles de la muerte santa de sus hermanos en la fe. Estos relatos eran a un tiempo consuelo y fortaleza para los creyentes, y semilla para nuevas conversiones. Las reliquias de los mártires se recogían y sepultaban con devoción, y a partir de ese momento se acudía a ellos como intercesores.

Desde muy antiguo, la ley romana establecía que las necrópolis – ciudades de los muertos, en griego– debían situarse fuera de las murallas de la ciudad. “Al hombre muerto ni se le sepultará ni se le quemará en la Urbe” 2. Los romanos solían incinerar los cuerpos de los difuntos, pero también existían algunas familias que tenían por costumbre enterrar a los seres queridos en campos de su propiedad, costumbre que se fue imponiendo

posteriormente por influencia del cristianismo.

Al principio no había separación, y se enterraba juntos a fieles y paganos. A partir del siglo II, gracias a las donaciones de algunos cristianos de buena posición social, la Iglesia comenzó a tener sus propias necrópolis, a las que los fieles comenzaron a llamar cementerios – coimeteria, del griego koimáo, dormir–: lugares donde los cuerpos reposan en espera de la resurrección. Así fueron surgiendo las catacumbas cristianas, que no eran –como a veces se piensa– escondrijos o sitios de reunión para las celebraciones litúrgicas, sino lugares de sepultura donde se custodiaban los restos mortales de los hermanos en la fe. Originariamente, el término cataumba hacía referencia a la zona de la vía Apia que se encuentra entre la tumba de Cecilia Metella y la ciudad de Roma. Con el tiempo, pasó

de ser un topónimo a designar en general el cementerio cristiano bajo tierra. En los primeros siglos fueron enterrados en ellas muchos mártires y, junto con las tumbas de San Pedro y San Pablo, las catacumbas pasaron a ser lugares de memoria y veneración muy queridos para los cristianos de Roma. ¡Cuántas veces, en los momentos difíciles, se escaparían a implorar la ayuda de Dios por intercesión de aquellos que habían proclamado el Evangelio con su sangre! Movidos por la devoción, era normal que los fieles quisiesen ser sepultados y esperar la resurrección en compañía de los demás miembros de la comunidad cristiana y, si era posible, cerca de algún Apóstol o de algún mártir.

En la vía Apia

Las Catacumbas de San Calixto se encuentran a la salida de Roma por la vía Apia. En el siglo II, comenzó a

utilizarse la zona como lugar de enterramiento,

y algunos de sus propietarios, indudablemente cristianos, facilitaron que fuesen enterrados allí otros hermanos en la fe. Por esta época recibió sepultura la joven mártir Cecilia, cuya memoria fue muy venerada desde el momento de su muerte. Perteneciente a una familia patricia, Cecilia se convierte al cristianismo en su juventud. Se casa con Valeriano, a quien también acerca a la fe, y los dos deciden vivir virginalmente. Poco después, Valeriano –que se ocupaba de recoger y sepultar los restos de los mártires– es descubierto y decapitado. Cecilia también es delatada ante las autoridades. Intentan asfixiarla en las calderas de su casa y, tras salir ilesa, es condenada a muerte por decapitación. La ley romana contemplaba que el verdugo podía

dar tres golpes con la espada. Cecilia los recibe, pero no muere inmediatamente. Tendida en el suelo, antes de exhalar el último suspiro, tuvo fuerzas para extender tres dedos de la mano derecha y uno de la izquierda, testimoniando hasta el final su fe en el Dios Uno y Trino. Cuando siglos más tarde, en 1599, se inspeccionaron sus reliquias, el cuerpo incorrupto de Santa Cecilia se encontraba aún en esa posición. Maderno la inmortalizó en una escultura que hoy se encuentra en la iglesia de Santa Cecilia en el Trastevere –su antigua casa, donde reposan desde el siglo IX los restos de la santa– y de la que hay una copia en las Catacumbas de San Calixto, en el lugar donde fue inicialmente sepultada.

En el siglo III, el cementerio es donado al Papa Ceferino (199-217), que confía su gestión al diácono Calixto. Nace así el primer

cementerio propiedad de la Iglesia de Roma, que un siglo más tarde custodiará ya los restos mortales de dieciséis papas, casi todos mártires. Calixto trabajó al frente de las catacumbas casi veinte años, antes de convertirse en el sucesor del Papa Ceferino como cabeza visible de la Iglesia. Durante ese tiempo, amplió y mejoró la disposición de las áreas principales del cementerio: en especial, la Cripta de los Papas y la Cripta de Santa Cecilia.

Otro mártir que con su testimonio conmovió a la comunidad cristiana es San Tarsicio. En el siglo IV, San Dámaso Papa grabó sobre su sepulcro la fecha exacta en que recibió el martirio: el 15 de agosto del año 257, durante la persecución de Valeriano. Tarsicio era un adolescente que ayudaba como acólito a repartir la Comunión entre los cristianos presos en las cárceles. Aquel 15 de agosto fue descubierto,

apresado y amenazado para que entregara las Sagradas Formas. Tarsicio se negó, y prefirió morir lapidado a permitir la profanación del Cuerpo de Cristo.

Con la paz de Constantino, las catacumbas continúan siendo lugares de sepultura, y también se convierten en meta de peregrinación. Sin embargo, en el siglo V, tras el saqueo de Roma llevado a cabo por Alarico, aumenta la inseguridad en el exterior de las murallas de la ciudad y serán cada vez menos frecuentadas. En el siglo IX, se decide llevar los huesos de los santos a las iglesias que están dentro de la ciudad; y durante la Edad Media las catacumbas van cayendo progresivamente en el olvido: nadie acude a esos lugares y en muchos casos se pierde la memoria de su ubicación.

Aunque el interés por las catacumbas renace a partir del siglo XV, habrá que esperar hasta el XIX para que vuelvan a ser valoradas como lugar santo y tesoro de la cristiandad.

Giovanni Battista De Rossi, fundador de la arqueología cristiana moderna y redescubridor de las Catacumbas de San Calixto, cuenta en sus memorias cómo convenció a Pío IX para visitar las excavaciones. Cuando llegaron a la Cripta de los Papas, De Rossi le explicó las inscripciones y le mostró la lápida que San Dámaso hizo colocar en el siglo IV con los nombres de los sucesores de Pedro martirizados y allí sepultados. Fue entonces cuando Pío IX tomó conciencia de dónde se encontraba. Con los ojos brillantes por la emoción, se arrodilló y estuvo un rato absorto en oración. Era la primera vez, después de casi mil años, que un Papa volvía a poner los pies en este lugar santificado por la sangre de los mártires.

4 de julio de 1946

Al poco de llegar a Roma, san Josemaría comentó su deseo de ir a rezar a las catacumbas. “¿Veis que no estamos solos?”, decía a sus hijos durante el encierro en la Legación de Honduras, años antes. “Como los primeros fieles en la quietud de las catacumbas romanas, podemos clamar: “Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?” (Sal 26,1); el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Sólo así podemos explicarnos las hazañas, verdaderamente recias, que llevaron a cabo aquellos primeros cristianos. Con una confianza segura en la ayuda de Dios, sin hacer cosas raras, entraron en todas partes: en el foro, en los palacios, hasta en la casa del emperador” (3).

El 4 de julio de 1946 san Josemaría fue a primera hora de la mañana a las Catacumbas de San Calixto. El

fundador del Opus Dei celebró la Santa Misa en la Cripta de los Papas, y don Álvaro del Portillo en la de Santa Cecilia. Después visitaron las Catacumbas de San Sebastián y los primitivos sepulcros de los Apóstoles.

Desde los comienzos de la Obra, a san Josemaría le gustaba citar a los primeros cristianos como modelo y ejemplo para explicar la vida de los fieles del Opus Dei. No en vano, los calificaba como “predecesores nuestros, en el viejo y novísimo apostolado de la Obra” (4). Se calcula que el número de sepulturas cristianas en las catacumbas de San Calixto ronda las quinientas mil. La mayor parte son tumbas sencillas, con algún simple grabado para distinguirlas. A partir del siglo IV – acabada la persecución–, se hacen más frecuentes las inscripciones en las lápidas. Junto al nombre, como para señalar un elemento característico de la vida de esa

persona, se solía indicar la profesión. Allí había panaderos, carpinteros, sastres, pintores, maestros, médicos, abogados, funcionarios del Estado, soldados...; un claro reflejo de la variedad de oficios de los cristianos, que –como dice San Agustín– mezclados entre los demás hombres corrientes, hacían la vida de todos, pero animados “por una fe distinta, una esperanza distinta y un amor distinto” (5).

¡Cómo disfrutaría san Josemaría pensando en aquellos predecesores en la fe que buscaban la santidad en medio del mundo, al tiempo que eran fermento en la masa de la sociedad! El amor y la veneración que sentía hacia ellos, le llevaba a ponerles muchas veces como ejemplo en su predicación: “no tengo otra receta para ser eficaz que la que tenían los primeros cristianos. No hay otra, mis hijos” (6).

A lo largo de su vida, el Fundador del Opus Dei se refirió en numerosas ocasiones a pinturas o grabados presentes en las catacumbas para ilustrar temas como el amor a la Virgen, la fraternidad, o la unidad con el Papa, que ya testimoniaban gráficamente los fieles de los primeros siglos. No obstante, si hubiese que destacar una imagen de los primeros cristianos que le enamorara especialmente, seguramente habría que hablar del Buen Pastor.

En el cuarto de trabajo de san Josemaría en Villa Tevere se puso una lápida de travertino con una reproducción del Buen Pastor que se encuentra en las catacumbas, y estos versos de Juan del Enzina: “tan buen ganadico, / y más en tal valle, / placer es guardalle. / Y tengo jurado / de nunca dejalle, / mas siempre guardalle”. “Desde el primer día, desde aquel 2 de octubre de 1928,

siento el impulso divino, paterno y materno, hacia vosotros y hacia vuestras vidas. Nada de ninguno de vosotros me es extraño, ni de esos miles de hijas e hijos míos que no conozco” (7).

Le gustaba hablar del Buen Pastor para fomentar nuestra preocupación apostólica por todas las almas: “Señor, tengo un puñal clavado en el corazón: la necesidad de ayudarlos. Ve Tú mismo detrás de ellos, Buen Pastor, y cárgalos sobre tus hombros; que se reproduzca aquella figura amabilísima que contemplamos en las catacumbas. Cuando el pastor encuentra la oveja que había perdido, la pone sobre sus hombros gozoso, y, al llegar a casa, convoca a los amigos y vecinos y les dice: alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me perdió (Lc 15, 5-6)” (8).

Durante su vida, el fundador del Opus Dei no sólo habló del Buen Pastor; también luchó por serlo, encarnando esas palabras que Cristo pronuncia en el Evangelio:

“Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor da su vida por sus ovejas” (9). Como ha testimoniado el Prelado del Opus Dei, san Josemaría “meditó durante toda su vida las escenas evangélicas del Buen Pastor. Amaba muchísimo esa alegoría y estaba dispuesto a conocer a las ovejas una a una; a dar la vida por ellas; a llevarles a los mejores pastos; y a no dejar de atender a la que se hubiera perdido o detenido en el camino” (10).

A la entrada de las Catacumbas de San Calixto, antes de descender las escaleras que llevan a la Cripta de los Papas, se puede ver una imagen del Buen Pastor, copia de la original del siglo IV que ahora se encuentra en el

Museo Vaticano. También hay una igual en Villa Tevere, cerca de la Iglesia prelatica de Santa María de la Paz, donde reposan los restos de san Josemaría. Al verla, son innumerables los recuerdos que evoca: Jesucristo, los primeros cristianos, el Papa, todas las almas...” ¡Con qué ternura hablaba Cristo, Señor Nuestro, del Buen Pastor! ¡Cómo lo describe! Nos dice que las ovejas seguían al pastor, y le querían, y se sabían bien cuidadas...” (11).

Notas

1. Tertuliano, Apologeticum, 40, 12.
2. Doce Tablas, 10.1.
3. San Josemaría, AGP, P12, p. 32.
4. San Josemaría, Instrucción, n. 298.
5. San Agustín, De civitate Dei, 54, 2.

6. San Josemaría, Apuntes tomados de la predicación oral, 29-II-1964.

7. San Josemaría, AGP, P18, pp. 151-152.

8. San Josemaría, AGP, P18, p. 276.

9. Jn 10, 11.

10. Mons. Javier Echevarría,
Memoria del Beato Josemaría, p. 329.

11. San Josemaría, Apuntes tomados en una tertulia, 13-III-1955.

5. La Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén

La primera vez que San Josemaría acudió a rezar a la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén fue el 4 de agosto de 1946. Llevaba en Roma 2 meses.

Entre los judíos estaba prohibido sepultar a los condenados en el cementerio común, y ése fue uno de los motivos por los que llevaron el cuerpo de Jesús a un sepulcro particular, donado por José de Arimatea (Mt 27,60). También los instrumentos de tortura usados para las ejecuciones se consideraban impuros, y por eso se enterraban o eran arrojados en alguna hendidura del terreno, fuera del alcance de la gente.

No menos ignominiosa que esos instrumentos debía de resultar la colina del Gólgota –donde crucificaron a Jesucristo- para los habitantes de Jerusalén, como revelan las connotaciones siniestras de su nombre latino: locus calvariae, lugar de la calavera. Después de la Resurrección del Señor, sin duda produjo gran sorpresa en la ciudad el hecho de que los cristianos se acercasen con frecuencia a aquel

desolador paraje, para arrodillarse en la tierra que había sido bañada por la sangre de Cristo y rezar junto al agujero donde había sido plantada la Cruz; también acudían a besar la roca en que había reposado su cuerpo muerto.

Muy posiblemente esa costumbre tuvo que ser interrumpida en algunas épocas, a causa de las persecuciones y de otros avatares, como la destrucción de Jerusalén en el año 70 de nuestra era. No obstante, aún debía de conservarse en el siglo II, pues el emperador Adriano (117-138) mandó llenar con tierra la depresión que separaba el Gólgota del Santo Sepulcro y en esa nueva plataforma hizo edificar dos templos: uno dedicado a Juno, sobre el Sepulcro; y otro dedicado a Venus, en la cima del Gólgota. Se sabe que Adriano sintió gran animadversión hacia el cristianismo al final de su vida, y es casi seguro que la

construcción de estos templos tenía como fin borrar para siempre las huellas terrenas de la Redención.

Los primeros historiadores eclesiásticos comentaban no sin cierta ironía el paradójico resultado que, con el correr del tiempo, tuvieron estos esfuerzos de los paganos. “¡Pobres hombres!” –les apostrofaba Eusebio de Cesarea–. “¡Creían que era posible esconder al género humano el esplendor del sol que se había levantado sobre el mundo! Aún no comprendían que es imposible mantener oculto bajo tierra a Quien ha obtenido ya la victoria sobre la muerte”(1). En efecto, en el siglo IV, cuando la Iglesia gozó al fin de libertad, los dos templos paganos permitieron localizar sin margen de error la situación de los Santos Lugares: bastó derruirlos y excavar debajo para encontrar el Santo Sepulcro y la cima del Calvario.

La invención (encuentro) de la Santa Cruz

La gran impulsora del redescubrimiento de los Lugares de la Pasión fue la Emperatriz Santa Elena, que en el año 326 viajó a Tierra Santa. La madre de Constantino era ya de avanzada edad –debía de frisar los ochenta años–, pero no quería morir sin antes haber rezado en la tierra donde el Señor había vivido, muerto y resucitado.

Tenemos pocos datos sobre la juventud de Elena. Probablemente nació en Bitinia y tuvo origen humilde. Según San Ambrosio era stabularia –esto es, camarera o sirvienta en una posada– antes de casarse con Constancio Cloro en el 273, unión de la que nació Constantino al año siguiente. Constancio era un ambicioso oficial del ejército romano, que en el 293 alcanzó la dignidad de César.

Ese mismo año repudió a su esposa, que no tenía sangre noble, y Elena quedó en la sombra hasta que en el 306 su hijo Constantino le dio el título de Emperatriz. En ese momento Elena ya era cristiana, y se sirvió de la privilegiada posición que ocupaba para hacer el bien, ejercitando la caridad entre los necesitados e impulsando la extensión y dignidad del culto. Tanto brillaba por su fe y su piedad, que San Ambrosio no dudaba en tejer su alabanza diciendo: “Mujer grande, que ofreció al emperador mucho más que lo que recibió de él”(2).

A su paso por Tierra Santa se debe la construcción de las primitivas basílicas de la Natividad, en Belén, y de la Ascensión, en el Monte de los Olivos. En cuanto al Gólgota, cuando Elena llegó a Jerusalén acababan de ser demolidos los templos paganos, de modo que la Emperatriz pudo cumplir su sueño de arrodillarse en

la tierra sobre la que Nuestro Salvador había sido levantado en la Cruz y de rezar en la roca del Santo Sepulcro. Sin embargo, allí mismo reparó en que no se había hallado todavía la más importante de las reliquias.

San Ambrosio nos la describe con gran viveza, caminando entre las ruinas de los templos romanos acompañada de soldados y obreros. Y preguntándose: “He aquí el lugar de la batalla: ¿pero dónde está el trofeo de la victoria? ¿Yo estoy en un trono y la cruz del Señor enterrada en el polvo? ¿Yo estoy rodeada de oro y el triunfo de Cristo entre las ruinas? (...). Veo que has hecho todo lo posible, diablo, para que fuese sepultada la espada que te ha reducido a la nada”(3).

Las nuevas excavaciones que la Emperatriz mandó hacer tuvieron fruto cuando, al remover un terreno

cercano al Gólgota, se encontraron tres cruces, y la tabla sobre la que se había escrito en hebreo, griego y latín: Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Así se produjo la invención – el descubrimiento: inventio en latín significa venir hasta algo, encontrar de la Santa Cruz del Señor, que había permanecido oculta durante tres siglos. La Santa Emperatriz dejó la mayor parte de las reliquias en Jerusalén, pero llevó consigo a Roma tres fragmentos de la Vera Crux –de la cruz del Señor–, el título de la condena, uno de los clavos y algunas espinas de la corona que sus verdugos impusieron a Jesús. También hizo trasladar una gran cantidad de tierra del Gólgota y las gradas de piedra de la escalera que el Señor recorrió cuatro veces el día de su pasión, para comparecer ante Pilatos en el Pretorio.

La Basílica Sessoriana, o «Sancta Hierusalem»

Existen numerosos documentos de los siglos IV y V que describen cómo a partir de la visita de Santa Elena los cristianos veneraban las reliquias de la Pasión que habían quedado en Jesuralén. Así lo atestiguan Eusebio, Rufino, Teodoreto y San Cirilo de Jerusalén. Egeria, una mujer que peregrinó a los Santos Lugares en el siglo IV, habla de multitudes de fieles que ya por entonces acudían de todo el Oriente cristiano para tomar parte en las solemnidades en honor de la Cruz.

Otro historiador, Sócrates el Escolástico, recogió a mediados del siglo V una piadosa tradición según la cual, durante la travesía marítima que realizó la emperatriz para volver a Roma desde Jerusalén, habría sobrevenido una fuerte tempestad. La nave se debatía entre las olas a punto de naufragar, hasta que Santa Elena –después de atarlo con una cuerda para echarlo por la borda–

hizo que tocara las aguas el Santo Clavo que llevaba consigo, y el mar se calmó al instante.

Ese Clavo, los tres fragmentos de la Cruz y el INRI fueron piadosamente custodiados por Santa Elena en su residencia imperial: el palacio Sessoriano. Al cabo de algunos años, posiblemente después de la muerte de su madre, Constantino quiso que se construyera allí una basílica que tomó el nombre del palacio, Basílica Sessoriana, aunque también era llamada Sancta Hierusalem. Como cimiento simbólico de esta construcción se puso la tierra del Gólgota que la Emperatriz había traído desde Palestina, y los preciosos fragmentos de la Santa Cruz se ofrecían a la vista de los fieles en un relicario de oro adornado con gemas.

De la primitiva basílica constantiniana sólo se conservan

algunos restos pertenecientes a los muros exteriores. A esa edificación siguió otra del siglo XII, a su vez sustituida por el templo de estilo barroco tardío, terminado en 1744, que puede contemplarse actualmente. A pesar de estos cambios arquitectónicos y de otras vicisitudes históricas, como las invasiones padecidas por Roma, toda una colección de documentos atestigua que las reliquias que se veneran en esta basílica son las mismas que trajo Santa Elena desde Tierra Santa.

Es del todo natural que este lugar se convirtiese enseguida en meta de la piedad del pueblo cristiano. Muy pronto se empezó a celebrar allí la liturgia del Viernes Santo. Hasta el siglo XIV, el Papa en persona, con los pies descalzos, encabezaba la procesión que iba desde la Basílica del Laterano hasta la Basílica de la Santa Cruz, para adorar el vexillum

crucis, la bandera de la Cruz, el estandarte de la salvación.

El 4 de agosto de 1946

San Josemaría acudió a rezar a la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén el 4 de agosto de 1946. Llevaba en Roma apenas 2 meses, desde el 23 de junio. Desde su llegada a la Ciudad Eterna, había trabajado intensísimamente, en medio de los calores de aquel verano y pese a las molestias de la diabetes en la preparación de los documentos que debían presentarse para obtener el Decretum Laudis. Este paso suponía la aprobación de la Obra como institución de derecho pontificio dotada de un régimen universal.

A san Josemaría le apremiaba esta aprobación, que facilitaría la expansión apostólica del Opus Dei, y puso todo su empeño para abreviar los tiempos.

El 4 de agosto, a las cinco menos cuarto de la tarde el Cardenal Prefecto del Dicasterio competente tuvo una entrevista con don Álvaro del Portillo para tratar sobre las fechas de presentación de los documentos. Fue entonces cuando el Fundador del Opus Dei decidió pasar esa tarde de domingo rezando en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, mientras don Álvaro estaba con el Cardenal.

Es fácil adivinar cómo sería la oración de san Josemaría aquella tarde: de petición confiada, llena de fe; y al mismo tiempo de aceptación rendida de la Voluntad divina. Allí, ante las reliquias de la Pasión, seguramente pensó una vez más en que “encontrar la Cruz de Jesucristo en el camino, nos asegura de que seguimos sus pisadas”(4).

El Decretum Laudis finalmente, sería concedido por la Santa Sede más de

seis meses después, el 24 de febrero de 1947. Aunque este retraso era motivo de pena para el Fundador del Opus Dei, lo recibió sin perder la paz, como una oportunidad de abrazar la Cruz. Y transmitió esa actitud a sus hijos:

“Siempre apacibles, y animosos ante las contradicciones, si vienen, ante lo que la gente llama fracasos. El éxito o el fracaso está en la vida interior. El éxito está en recibir con sosiego la Cruz de Jesucristo, en extender los brazos abiertos, porque para Jesús como para nosotros la Cruz es un trono, es la exaltación del amor; es el colmo de la eficacia redentora, para llevar las almas a Dios, para llevarlas según nuestro modo laical: con nuestro trato, con nuestra amistad, con nuestro trabajo, con nuestra palabra, con nuestra doctrina, con la oración y la mortificación”(5).

Notas

1. Eusebio de Cesarea, *De vita Constantini*, 3, 16.
 2. San Ambrosio, *De obitu Theodosii*, n. 41.
 3. San Ambrosio, *De obitu Theodosii*, nn. 43-44.
 4. San Josemaría Escrivá de Balaguer, Carta 14-II-1944, n. 19.
 5. San Josemaría Escrivá de Balaguer, Carta 31-V-1954, n. 30.
-

6. El foro romano

Entre las ruinas del Foro Romano, es fácil que venga a la cabeza el recurso que tantas veces utilizaba san Josemaría para describir el Opus Dei en pocas palabras: la manera más fácil de entender el Opus Dei es

pensar en la vida de los primeros cristianos.

En la época imperial, después de un largo periodo de paz y prosperidad, Roma había alcanzado la impresionante cifra de un millón de habitantes. Sólo una exigua minoría residían en tranquilas y espaciosas villas, mientras que el común de la población debía contentarse con vivir en casas de vecinos, o insulae. Eran edificios de varias plantas, construidos con materiales de escasa calidad y muy cercanos unos de otros, de manera que el plano de la Urbe consistía en una densa y enmarañada red de calles y callejuelas.

La Roma de aquellos tiempos disfrutaba de avances muy notables para la época, como el alcantarillado, las termas y los acueductos. Pero para hacerse idea de las condiciones de vida hay que considerar que los

apartamentos eran reducidísimos –a menudo de una sola habitación para cada familia–, que no tenían agua corriente, calefacción, ni vidrios en las ventanas, y que con mucha frecuencia los incendios asolaban barrios enteros debido, entre otras cosas, a la angostura de las calles.

Los romanos paliaban estas incomodidades de sus viviendas permaneciendo allí el menor tiempo posible. Madrugaban mucho, para aprovechar al máximo la luz solar: cuando aún estaba amaneciendo, ya habían salido a la calle y se dirigían al lugar donde desempeñaban su profesión u oficio. Muchísimos encaminaban sus pasos hacia los foros, centro neurálgico de la vida ciudadana.

El esplendor del Imperio

¡Qué contraste se daba entre las modestas construcciones de las barriadas populares y la

magnificencia de los edificios públicos...! Estos últimos reflejaban el inmenso poderío del Imperio y eran como un compendio de la historia de Roma.

Al principio –en el siglo VI a. C.– el Foro Romano funcionaba como mercado, pero enseguida se erigieron lugares de culto. Uno de los primeros fue el templo de Vesta, donde ardía perennemente el fuego sagrado en honor de esta divinidad local. Al lado estaba la Regia, el palacio real que según la leyenda fue construido por Numa, segundo rey de Roma. Cuando cayó la monarquía, este edificio se usó como archivo para guardar los Calendarios y los Anales, en los que se registraba la historia de la Urbe.

Con la República aumentó la actividad política, y el Foro se fue poblando de construcciones destinadas al gobierno y la

administración. Todavía hoy se conserva en buen estado el de la Curia, donde deliberaba el Senado. En cambio queda muy poco del Comitium, la plaza circular en la que se reunían las asambleas para elegir a los magistrados. También son escasos los restos de la tribuna llamada de los rostra –o espolones–, desde la que se arengaba al pueblo. Los episodios más cruciales de la historia de Roma durante la República tuvieron su origen en esta zona del Foro: los discursos de los Gracos para mejorar la situación de la plebe; la polémica entre Mario y Sila; las sofísticas de Cicerón contra Catilina; la decisión del Senado para exigir a Julio César que abandonase el mando militar, orden que éste desobedeció cruzando el Rubicón y tomando la Urbe; y la concesión del título de Augusto a Octavio en el 29 a.C., que se considera el inicio de la época imperial.

El nuevo cambio de régimen trajo consigo ampliaciones y mejoras cada vez más espectaculares de los foros. Junto al antiguo Forum Romanum, fueron surgiendo los llamados Foros Imperiales, construidos por César, Augusto, Trajano, Nerva y Vespasiano. Todo era formidable en esos espacios públicos: las amplias calles tenían pavimento de travertino, lo mismo que las plazas, que solían estar presididas por enormes estatuas; en los edificios se alternaba el brillo de los bronces con los tonos grises, blancos y ocres de los mármoles. Cada detalle se había dispuesto cuidadosamente para durar e impresionar, tanto en las construcciones religiosas como en las civiles.

Entre estas últimas destacaban por su prestancia las basílicas, en las que se celebraban los juicios y se realizaban transacciones comerciales. Su interior era muy

amplio, con el espacio distribuido en naves separadas por columnas. En el exterior tenían dos pórticos laterales bajo los que se alojaban, en hilera, numerosas tiendas que vendían todo tipo de productos. Los restos de la basílica de Majencio y Constantino dan idea de las enormes dimensiones que llegaban a alcanzar estos edificios.

Los monumentos conmemorativos y las estatuas que adornaban los foros no tenían, en cambio, ninguna finalidad práctica, al menos inmediata. Los más llamativos eran las columnas, como la de Trajano, y los arcos de triunfo, como los de Tito, Septimio Severo, Constantino... Con relieves labrados, se representaban gráficamente las campañas militares victoriosas, para dejar constancia a los siglos venideros de los momentos de gloria protagonizados por cada emperador, que además desfilaba con sus tropas por la Vía Sacra, entre

los aplausos y aclamaciones del pueblo.

Naturalmente, existía el riesgo de que, con tanto encomio y aclamación, el poder se le subiera a la cabeza al emperador y, lamentablemente, pretendiese que sus súbditos olvidaran su condición de hombre mortal. Así ocurrió en algunos casos, cuando la máxima autoridad se atribuyó la condición de dios, o rindió honores divinos a sus predecesores e incluso a alguno de sus parientes. Augusto, por ejemplo, dedicó un templo al Divus Julius; Antonino Pío construyó otro en honor de su esposa Faustina; y Majencio edificó un tercero para recordar a su hijo Rómulo.

La consideración del emperador como ser divino estaba en auge cuando el cristianismo llegó a la Urbe. Para los romanos, era perfectamente compatible con su

politeísmo, como muestra el hecho de que los propios emperadores deificados construyeron templos cada vez más grandes y costosos en honor de Marte, Venus, Apolo, Cibeles... Lo que no se admitía, en cambio, era que una religión pretendiese ser la única verdadera y difundiese, como lógica consecuencia, la idea de que las demás eran falsas. Las autoridades toleraban cualquier novedad con tal de que se integrase en el relativismo imperante. Pero ése no era el caso de la fe cristiana.

La sal de la tierra

“Hermanos, cuánto puede ser bella la Jerusalén celestial, si así resplandece la Roma terrena” (1). Estas palabras de San Fulgencio, transmitidas por uno de sus discípulos, reflejan la gran admiración que suscitaba la Urbe entre quienes, viajando desde las provincias imperiales, la

visitaban por primera vez. En esos momentos, a comienzos del siglo VI, Roma ya había sido evangelizada: los antiguos templos paganos llevaban más de un siglo cerrados, y en el mismo Foro Romano se habían construido algunas iglesias cristianas. En el himno que dedica a San Lorenzo, el poeta Prudencio exulta por la victoria de la fe en el corazón del Imperio: los quirites, o ciudadanos romanos de antigua estirpe, llenan los atrios de las iglesias; los principales del Senado, que antaño tenían como gran honor desfilar como flamines en las procesiones por la Vía Sacra, ahora besan el umbral de los santuarios de los mártires; las familias nobles ven con agrado que sus hijos e hijas dediquen su vida al servicio de la Iglesia; el fuego que ardía en el templo de Vesta se encuentra extinguido, e incluso la decana de las vírgenes vestales que lo guardaban, Claudia, se ha convertido al

cristianismo; la Cruz, en resumen, domina sobre los antiguos signos paganos (2).

¿Cómo fue posible este cambio? Aparte de la acción de Dios, uno de los factores que lo explican es que los primeros cristianos jamás se consideraron ajenos a su ciudad ni a su oficio, por haber abrazado la fe. No eran pocos los que desempeñaban su trabajo en los Foros, a menudo en actividades directamente al servicio del Imperio: ya en tiempos de Pedro y Pablo algunos eran patricios y formaban parte de los trescientos senadores que se reunían en la Curia; otros eran jurisconsultos, abogados o jueces; en la Epístola a los Filipenses, que escribió durante su cautividad en Roma, el Apóstol envía saludos de parte de los santos que vivían en la casa del César (3); y en la Epístola a los Romanos cita los nombres de Aristóbulo y Narciso, que habían sido

colaboradores del emperador Claudio (4).

Con casi total seguridad, algunos miembros de la familia imperial habían abrazado la fe ya a finales del siglo I. Tito Flavio Clemente y Flavia Domitila, por ejemplo, eran un matrimonio emparentado con el emperador Domiciano. Tenían siete hijos, y los dos mayores habían sido escogidos como candidatos al trono y educados para ese fin por el famoso retor Quintiliano. Sin embargo, en el año 95 Flavio Clemente fue ajusticiado repentinamente con la acusación de ateísmo, que solía dirigirse contra los cristianos. Domitila, que fue desterrada a la isla Pandataria, también es conocida porque eran de su propiedad los terrenos de las catacumbas que llevan su nombre. En cuanto a los hijos, nunca llegaron al trono, ya que en el año 96 el propio Domiciano fue

asesinado y la dinastía Flavia llegó a su fin.

La persecución y el martirio representaban un peligro real para los primeros fieles cristianos. Pero, incluso en épocas de tranquilidad, la vida corriente no quedaba exenta de obstáculos. En la sociedad romana, las costumbres cotidianas estaban plagadas de actos de adoración a las divinidades: al pedir un préstamo se exigía un juramento en nombre de los dioses, antes de ocupar un cargo público había que ofrecer un sacrificio, al pasar por delante de un templo o de una estatua de una divinidad era uso común descubrirse, y así una larga lista de modos corrientes de obrar cuya omisión era considerada una muestra de incivilidad y una traición a las costumbres patrias. Éste fue uno de los reproches más insidiosos que Celso dirigió a los cristianos:

“¿Se niegan a observar las ceremonias públicas y a rendir homenaje a quienes las presiden? Entonces que renuncien también a tomar la ropa viril, a casarse, a ser padres, a ejercer las funciones de la vida; que se vayan todos juntos lejos de aquí, sin dejar la más pequeña semilla de ellos mismos” (5).

La opinión pública de entonces compartía en gran medida esta llamativa intolerancia hacia los seguidores de Cristo: cuando menos, se juzgaba a los cristianos gente peculiar, que si se esforzaban por ayudar al prójimo, ser fieles en el matrimonio, pagar los impuestos o evitar escrupulosamente todo engaño en los negocios, lo hacían por fanatismo hacia su extraña religión y queriendo así mostrarse superiores a los demás. A las interpretaciones mezquinas, se unían las calumnias y los agravios, como el que sufrió un joven llamado Alexameno en el

Pedagogium, la escuela de los pajes que entraban al servicio del emperador. Las aulas de esa escuela estaban en el Palatino, junto a los Foros, y allí los arqueólogos han encontrado un grafito que representa a un hombre rezando delante de un crucificado con cabeza de asno. Al lado, se lee esta inscripción:
Alexameno adora a su dios. Debajo, con una letra distinta a la anterior, está grabado: Alexameno fiel. Fue la respuesta audaz del joven Alexameno a la burla de sus compañeros.

Por otro lado, en muchos ambientes del Imperio la moralidad se hallaba en un estado lamentable: las fiestas estaban plagadas de representaciones teatrales indignas, en el circo se vitoreaban matanzas humanas y el mundo del arte exaltaba a menudo la voluptuosidad; se admitía el divorcio y el índice de natalidad era muy bajo, entre otras

cosas porque se recurría al aborto y al infanticidio. Ciertamente no todos los romanos eran así, y es verdad que la moral decayó sobre todo al final del Imperio. Pero siempre se mantuvo la constante de que existían costumbres paganas, muy difundidas, que chocaban con la dignidad humana que el cristianismo había venido a restablecer.

Ante todo esto –ambiente degradado, persecución, calumnia, insultos y amenaza real de martirio– los primeros cristianos podrían haber reaccionado desapareciendo de las realidades temporales y refugiándose en un gueto, como les sugería Celso: no se les pasó por la cabeza hacerlo. Habían encontrado la fe, la vocación cristiana, la llamada a la santidad, en medio de su trabajo: en el foro, en los talleres artesanos, en el ejército, en el carro donde transportaban mercancías... No se sentían menos romanos que sus

conciudadanos: amaban la maravillosa Urbe, y consideran el Imperio no sólo bueno, sino providencial, ya que había propiciado una unidad política y cultural en la que se difundiría más fácilmente la fe. Lo único que rechazaban eran las divinidades falsas y las costumbres brutales, que deseaban purificar porque eran plenamente conscientes de ser la sal de la tierra (6).

Gente corriente

Entre las ruinas del Foro Romano, es fácil que venga a la cabeza el recurso que tantas veces utilizaba san Josemaría para describir el Opus Dei en pocas palabras: “la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos” (7). Muchas veces repetiría, durante los primeros meses en Roma, frases parecidas a las de años más tarde: “Ellos vivían a

fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los socios del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe” (8).

El Concilio Vaticano II proclamó con fuerza que todos los fieles están llamados a la santidad y que corresponde a los laicos la responsabilidad de llevar a Cristo las realidades temporales. En los años cuarenta muchos identificaban la perfección cristiana con la vida religiosa, y les costaba hacerse una idea cabal de cómo se podía aspirar a la perfección cristiana en medio del

mundo, ejerciendo todas las profesiones y oficios honrados.

San Josemaría nunca se cansó de repetir que los fieles del Opus Dei son gente corriente, como los primeros cristianos. Y muchas veces comentaba también que cuentan con los mismos medios que ellos para vencer en la lucha interior y alcanzar la santidad: “Piensa en lo que dice el Espíritu Santo, y llénate de pasmo y de agradecimiento: “elegit nos ante mundi constitutionem” —nos ha elegido, antes de crear el mundo, “ut essemus sancti in conspectu eius!” — para que seamos santos en su presencia. —Ser santo no es fácil, pero tampoco es difícil. Ser santo es ser buen cristiano: parecerse a Cristo. —El que más se parece a Cristo, ése es más cristiano, más de Cristo, más santo. —Y ¿qué medios tenemos? —Los mismos que los primeros fieles, que vieron a Jesús, o lo entrevieron a través de los relatos

de los Apóstoles o de los Evangelistas” (9).

Con esos medios se hicieron santos los cristianos de los primeros siglos en medio de una sociedad pagana, al menos en parte corrompida y que les perseguía con saña. Y con esos medios, hicieron apostolado allí donde se encontraban, hasta transformar desde dentro una civilización hostil a la fe. “Para seguir las huellas de Cristo, el apóstol de hoy no viene a reformar nada, ni mucho menos a desentenderse de la realidad histórica que le rodea... —Le basta actuar como los primeros cristianos, vivificando el ambiente” (10).

Notas

1. Vida de San Fulgencio de Ruspe, III, 27.

2. Cfr. Prudencio, Peristephanon, II, 513-529.

3. Cfr. Fil 4, 22.

4. Cfr. Rm 16, 11.

5. Citado por Orígenes, Contra Celso, VIII, 55.

6. Mt 5, 13.

7. Conversaciones, n. 24

8. Ibidem

9. Forja, 10

10. Surco, 320

7. El Coliseo

San Josemaría, que contempló este imponente vestigio de la civilización romana, había plasmado, años antes, en Camino, esta reflexión: “¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de

espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! –Piensa, entonces, qué es lo más heroico”.

En 1972, san Josemaría decía en una homilía: “Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y de Pablo, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero” (1).

Las ruinas del Coliseo son testimonio elocuente de la grandeza de la antigua civilización romana y, al mismo tiempo de su miseria y caducidad. De modo muy expresivo,

Juan Pablo II lo caracterizaba como «trágico y glorioso monumento de la Roma imperial, testigo mudo del poder y del dominio, memorial mudo de vida y de muerte, donde parecen resonar, casi como un eco interminable, gritos de sangre (cfr. Jn 4, 10) y palabras que imploran concordia y perdón»(2).

Grandiosidad y crueldad

El Anfiteatro Flavio, que era su nombre original, refleja el genio romano, capaz de acometer empresas de gran envergadura cuidando a la vez hasta los menores detalles prácticos. Todo en esta construcción estaba pensado para que sus enormes dimensiones y su solidez no fuesen en detrimento ni de la belleza ni de la funcionalidad. El equilibrio arquitectónico se logró gracias a los tres pisos de arcadas, en los que se distribuyeron sabiamente los espacios para dar sensación de

ligereza. El sentido práctico estaba presente en multitud de aspectos: en los accesos, con más de ochenta puertas que permitían llenar y vaciar el anfiteatro en pocos minutos; en la distribución de los asientos, calculada para que desde cada uno de los cincuenta mil puestos pudiera verse perfectamente la arena; en el sistema de toldos que protegían a la multitud del sol y de la lluvia, y que eran extendidos por un equipo de cien soldados de la marina; en la compleja red de subterráneos, donde había ascensores de poleas para izar a los combatientes y a las fieras...

Se tardó ocho años en levantar este grandioso edificio, empleando en el trabajo a unos doce mil esclavos; en su mayoría eran judíos, hechos prisioneros por Tito después de la destrucción de Jerusalén, en el año 70. El nuevo Amphitheatrum fue inaugurado en el año 80, con un programa de espectáculos y festejos

que duró cien días: fallecieron en la arena centenares de gladiadores, y murieron unos cinco mil animales salvajes. También por entonces se celebraron las primeras naumachiae, combates navales que se realizaban inundando el interior y que, por su novedad, debieron de impresionar vivamente a los romanos.

Los sucesivos emperadores compitieron para ofrecer al pueblo espectáculos cada año más aparatosos. Séneca ya se había lamentado en el pasado de la espiral de violencia e inhumanidad a la que conducía este tipo de entretenimientos³. El pueblo pedía sensaciones cada vez más fuertes, porque sólo le interesaba la sangre, el puro homicidio y las matanzas, cuanto más crueles y sofisticadas mejor.

En ese contexto, las ejecuciones de los condenados no resultaban

demasiado interesantes para el público, ya que los indefensos reos apenas presentaban resistencia a los verdugos o las fieras. Por eso se llevaban a cabo a última hora de la mañana, como intermedio entre las luchas de gladiadores que se habían visto hasta ese momento y las que se tendrían por la tarde. Muchos de esos condenados, que perdían su vida ante espectadores embrutecidos y con frecuencia indiferentes, eran cristianos.

Un martirio insigne «in Amphitheatrum»

Un ejemplo conmovedor de cómo afrontaban el martirio los primeros cristianos nos lo ha dejado san Ignacio de Antioquía, muerto en tiempos del emperador Trajano. Convertido del paganismo, Ignacio fue el segundo sucesor de san Pedro en la sede episcopal de Antioquía. El año 107 fue detenido, condenado ad

belvas –a las fieras– y enviado a Roma bajo custodia militar para cumplir allí su pena.

Del largo viaje desde Siria a la capital del Imperio conocemos bastantes detalles por el historiador Eusebio de Cesarea y, sobre todo, gracias a las siete cartas que el mismo san Ignacio escribió a las Iglesias de otras tantas ciudades para fortalecerles en la fe y prevenirles ante las herejías gnósticas, que por entonces empezaban a extenderse.

Todas las cartas empiezan con el saludo de Ignacio, llamado también Teoforo, portador de Dios. Al fundador del Opus Dei le gustaba ese sobrenombre: “a todo cristiano se debería poder aplicar el apelativo que se usó en los comienzos: portador de Dios. Obra de tal modo que puedan atribuirte con verdad ese admirable calificativo” (4).

Muy lleno de Dios iba san Ignacio, como refleja el tono de gozo que tienen sus cartas: “cordialmente en Jesucristo y en una alegría inmaculada”..., son las palabras con que saluda a los efesios; “desea a los de Magnesia una sobreabundante alegría en Dios Padre y en Jesucristo; y a los filadelfios les manda un saludo en la sangre de Jesucristo, que es alegría eterna y constante”... Las razones de su felicidad eran totalmente sobrenaturales, ya que el futuro mártir conocía lo que le aguardaba; y los esbirros que le conducían no destacaban precisamente por su delicadeza: desde Siria hasta Roma, escribe, voy luchando con las fieras, por tierra y mar, de día y de noche, encadenado a diez leopardos, esto es, a un pelotón de soldados. Éstos, a pesar del bien que reciben, se hacen peores. Con sus malos tratos voy siendo más discípulo [de Cristo]” (5).

San Ignacio se gozaba de compartir la Cruz de Jesús, y tenía el deseo ardiente de que su identificación con Nuestro Señor se completase con el martirio. Por eso, ruega a los cristianos que no intercedan por él ante las autoridades y expresa su deseo de que las fieras se lancen a devorarle rápidamente: “no me vaya a suceder, dice, como algunos a los que, acobardadas, no tocaron” (6). Eran famosos algunos casos en que los animales hambrientos no habían atacado a los cristianos o incluso se habían echado mansamente a sus pies, ante el asombro de los espectadores. Según antiguas tradiciones, así sucedió a santa Martina, san Alejandro y san Marino, entre otros santos.

El obispo de Antioquía fue arrojado a los leones in Amphitheatrum (7). Así vio cumplido su anhelo: “Soy trigo de Dios, y es preciso que sea molido por los dientes de las fieras, para

convertirme en pan inmaculado de Cristo” (8).

Después del horrible espectáculo, los cristianos lograron rescatar algunos huesos del mártir, los custodiaron con veneración y más tarde los enviaron a Antioquía: “vosotros habéis gozado de su episcopado” – decía san Juan Crisóstomo a los fieles de la ciudad siria– “y los romanos han admirado su martirio. El Señor os ha quitado por poco tiempo este precioso tesoro para mostrarlo a los romanos, y os lo ha devuelto con gloria mayor” (9). En el siglo VII, sin embargo, a causa de las invasiones sarracenas, las reliquias fueron trasladadas de nuevo a Roma, y hoy reposan en la iglesia de san Clemente. Allí se puede acudir ahora para, siguiendo un consejo del Crisóstomo, sacar frutos espirituales de estos sagrados restos, ya que son como un tesoro del que se puede

tomar parte sin que nunca se agote (10).

El camino de lo ordinario

Aunque también el Circo Máximo, el Circo de Nerón y otros lugares de la Urbe fueron escenario de la muerte de muchos cristianos, en 1749 el Papa Benedicto XIV consagró el Coliseo como lugar santo en memoria de la Pasión de Cristo y de los sufrimientos de los mártires. Ese mismo año, hizo colocar alrededor de la arena las estaciones del Vía Crucis.

Actualmente, nada más entrar en el Anfiteatro, se ve de frente una gran cruz de madera negra, que invita a rezar. En ese lugar, ante el instrumento de la Pasión del Señor y recordando a quienes dieron su vida por Cristo, es natural que surjan deseos de mayor entrega, de superar para siempre nuestro egoísmo, de que se acreciente en todos los

cristianos el amor a la mortificación... Son aspiraciones santas, que con el auxilio de la gracia pueden hacerse operativas en la vida ordinaria: “¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! –Piensa, entonces, qué es lo más heroico” (11).

El fundador del Opus Dei tenía una gran devoción a los mártires de los primeros siglos de la Iglesia. Al mismo tiempo recordó que la santidad es para todos y alertaba con frecuencia ante el error de pensar que el heroísmo sobrenatural se limita a situaciones extraordinarias: las persecuciones, el martirio, las contradicciones de mucha monta, o la realización de grandes empresas por la gloria de Dios... En vez de anhelar esas gestas –que podrán presentarse alguna vez, pero que en la vida real serán muy infrecuentes–

nos animaba a todos los cristianos a seguir el camino de la heroicidad en medio de las circunstancias en que cada uno se nos encuentra. De ahí el consejo de Camino: “Quieres ser mártir. –Yo te pondré un martirio al alcance de la mano: ser apóstol y no llamarte apóstol, ser misionero –con misión– y no llamarte misionero, ser hombre de Dios y parecer hombre de mundo: ¡pasar oculto!” (12).

Como los mártires, los cristianos hemos de tener el deseo ardiente de cumplir la Voluntad de Dios y de manifestarle nuestro amor, también pasando por el sacrificio, con alegría, porque “mortificación no es pesimismo, ni espíritu agrio. La mortificación no vale nada sin la caridad: por eso hemos de buscar mortificaciones que, haciéndonos pasar con señorío sobre las cosas de la tierra, no mortifiquen a los que viven con nosotros. El cristiano no puede ser ni un verdugo ni un

miserable; es un hombre que sabe amar con obras, que prueba su amor en la piedra de toque del dolor. Pero he de decir, otra vez, que esa mortificación no consistirá de ordinario en grandes renuncias, que tampoco son frecuentes. Estará compuesta de pequeños vencimientos: sonreír a quien nos importuna, negar al cuerpo caprichos de bienes superfluos, acostumbrarnos a escuchar a los demás, hacer rendir el tiempo que Dios pone a nuestra disposición... Y tantos detalles más, insignificantes en apariencia, que surgen sin que los busquemos —contrariedades, dificultades, sinsabores—, a lo largo de cada día” (13).

Notas

1. San Josemaría, Lealtad a la Iglesia (4-VI-1972)

2. Juan Pablo II, Vía Crucis en el Coliseo, Viernes Santo de 2003, Oración inicial.
3. Cfr. Séneca, Espístolas morales a Lucilio I, 7, 3-5.
4. San Josemaría, Forja, 94.
5. San Ignacio de Antioquía, Carta a los romanos, V, 1.
6. Ibid., V, 2.
7. Martyrium Antiochenum VI, 3.
8. San Ignacio de Antioquía, Carta a los romanos, IV, 1.
9. San Juan Crisóstomo, In S. Ignatium Martirem hom., n. 5, PG 50, col. 594.
10. Ibid., col. 595.
11. Camino, n. 204.
12. Camino, n. 848.

8. La Vía Appia

En el año 312 a.C., el senador Appio Claudio fue nombrado censor de la República de Roma. Durante su mandato se llevaron a cabo numerosas reformas y obras importantes, pero la Historia lo recuerda sobre todo por la construcción de la calzada que lleva su nombre: la Vía Appia.

Con la nueva carretera se buscaba mejorar las comunicaciones entre Roma y Capua, de manera que las legiones romanas pudiesen desplazarse con mayor rapidez a lo largo de los ciento noventa y cinco kilómetros que separan las dos ciudades. Con el pasar de los años fue objeto de varias ampliaciones, y

en el siglo II a.C. su trazado llegaba ya hasta Brindisi, principal punto de conexión marítima con las provincias orientales, a más de quinientos kilómetros de la Urbe. Cuatro siglos más tarde, el emperador Trajano realizó mejoras que permitieron la circulación de los carros, y la Via Appia se convirtió en una de las arterias económicas más importantes del Imperio.

Popularmente era conocida como regina viarum –la reina de las vías–, nombre merecido tanto por su longitud, como por su extraordinaria belleza: a los lados de la calzada fueron surgiendo casas residenciales, templos y mausoleos, que añadían un toque de esplendor al sencillo encanto de la campiña romana. Era un buen preludio para quien iba a encontrarse con la majestuosidad de la Ciudad Eterna.

La Via Appia ha sido escenario de algunos acontecimientos preciados

para los cristianos. En los Hechos de los Apóstoles se narra que San Pablo entró en la Urbe por este camino: “y así nos dirigimos a Roma. Los hermanos, al enterarse de nuestra llegada, vinieron desde allí a nuestro encuentro hasta el Foro Apio y Tres Tabernas. Al verles Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimos” (1).

San Pablo iba a comparecer ante el tribunal del César. Un grupo de cristianos salió a recibirle a Tres Tabernae, una estación de descanso para los viajeros a unos cincuenta kilómetros de la ciudad; y algunos recorrieron todavía otros doce más para llegar a Forum Appi, donde acababa el canal navegable procedente de Terracina. Es fácil imaginar la emoción de San Pablo, y muy gráfico el testimonio de cómo se querían los primeros cristianos y la veneración que tenían hacia los Apóstoles.

También sobre la Vía Appia se encuentran las Catacumbas de San Sebastián y San Calixto, donde a partir del siglo II recibieron sepultura miles de cristianos, entre ellos numerosos mártires. Algunos, como el Papa Sixto II y un grupo de sacerdotes y diáconos que le acompañaban mientras celebraba la Santa Misa, entregaron santamente su vida allí mismo. Más tarde, durante la Edad Media, se convirtió en una de las calzadas más transitadas por los romeros que peregrinaban a la Ciudad Eterna para rezar ante la tumba de San Pedro.

Por último, hay una piadosa tradición que relaciona al Príncipe de los Apóstoles con esta vía. A menos de un kilómetro de la Puerta de San Sebastián, una iglesia la conmemora: la del Quo vadis? Según este antiguo relato, los cristianos de Roma, comenzada la persecución del

año 64, rogaron a Pedro que huyera a otro lugar. El Príncipe de los Apóstoles se dispuso para la marcha y partió de la ciudad en la madrugada de un día de verano. Poco después de cruzar la Porta Appia, vio a Jesús que venía a su encuentro. Pedro le preguntó:

–¿A dónde vas, Señor? –Voy a Roma, para ser crucificado. –Señor –dijo el Apóstol–, ¿vas a ser crucificado otra vez? –Sí, Pedro, otra vez. A continuación, Jesús desapareció y Pedro comprendió todo. Envuelto en la luz del amanecer, dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia Roma, donde poco después abrazaría el martirio.

3 de julio de 1946

El 3 de julio de 1946, a las ocho y media, san Josemaría dio un paseo por la Via Appia, para encontrar unos momentos de descanso.

Había llegado a Roma el 23 de junio y al día siguiente celebró la Santa Misa en el apartamento de Città Leonina. Esa misma mañana, acudió a la Santa Sede para tratar sobre la solución jurídica de la Obra. Además de estos asuntos, el fundador del Opus Dei pidió permiso para reservar el Santísimo. Un día después, llegaba la noticia de que la Santa Sede daba la licencia para poner el Sagrario.

José Orlandis, que le había acompañado en el viaje a Roma y estaba en la Ciudad Eterna estos días, recuerda años después: «El Padre sufrió bastante en los primeros días, a consecuencia del agotamiento del viaje y del tremendo calor que comenzó a hacer en Roma, todo ello agravado por su mal estado de salud. “¡Aquí está el fardo! –decía– ¡ya os habéis salido con la vuestra!”.

Pero la noticia de que la Santa Sede había concedido licencia para tener

en casa el oratorio con el Santísimo, fue una buena nueva que galvanizó todas sus energías y le lanzó a preparar con todas sus fuerzas una digna acogida al Señor. Como tenía por costumbre –una costumbre que enseñó a sus hijos, para que se conservara siempre en los centros del Opus Dei–, la mejor habitación de aquella pequeña casa quedó convertida en oratorio.

Y el Padre comenzó a recorrer las tiendas de anticuarios y chamarilleros, tan abundantes en Roma, a la busca de las cosas indispensables para montar con decoro el oratorio: pronto pudimos conseguir, entre otros objetos, un Cristo de mármol, dos grandes candeleros, y cuatro cuadros antiguos, todo a bastante buen precio. Luego, en casa, trabajaba con tal intensidad en la instalación que nosotros –los jóvenes– le seguíamos con la lengua fuera y, al llegar la

noche, nos sentíamos agotados. “Padre –le decíamos en broma–, y eso que decía usted que había venido como un fardo!; ¡si no llega a ser así!”. El miércoles, 3 de julio, San Josemaría, al celebrar la Santa Misa, dejó al Señor en el Sagrario. Era el primer sagrario en un centro romano del Opus Dei»(2).

Se puede imaginar la alegría de san Josemaría. Años atrás había escrito: ¿No te alegra si has descubierto en tu camino habitual por las calles de la urbe ¡otro Sagrario!? (3). Ahora, ese sueño acababa de cumplirse... ¡en Roma!

Habían sido días muy intensos, así que esa tarde se tomaron un merecido descanso. A las ocho y media –coincidiendo con la puesta de sol– fueron a la Via Appia. Para quien haya estado allí, no será difícil imaginar la escena: el recuerdo de los primeros cristianos, la austeridad

de la calzada romana, los restos de construcciones en otros tiempos grandiosas, los cipreses y pinos que limitan el camino, el silencio y la soledad propios de una hora ya avanzada de la jornada..., y todo bañado por la tenue luz del crepúsculo.

El terreno por el que discurre la calzada en las cercanías de Roma es muy llano. A cada lado, se alcanza a ver una gran extensión de campo antes de que la vista se confunda en el horizonte. Mirar al poniente y contemplar la puesta de sol, con los intensos tonos anaranjados de estas latitudes, es un espectáculo extraordinario. No sería de extrañar que su alma de enamorado, especialmente tocada por los acontecimientos de esa jornada y por la belleza que contemplaba con sus ojos, echase a volar, y comenzara a soñar con el Opus Dei proyectado en el tiempo y con sus hijos, acercando

muchas almas a Dios en medio del mundo a través del apostolado que vivimos, a la manera del que hacían los primeros cristianos 4.

Notas

1. Hch 28,11-15.
 2. José Orlandis, Mis recuerdos, Rialp, Madrid, 1995, p. 146
 3. De san Josemaría, Camino, 270
 4. De san Josemaría, Carta Circular, 9-I-1938. cfr. A. Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei. Dios y Audacia, vol II, p. 242, Rialp, Madrid, 2002
-

9. La memoria de San Pablo

Entre los primeros cristianos de Roma había discípulos de San Pablo, como atestigua la larga lista de

saludos escrita al final de la Carta a los Romanos. En el Aventino vivían Aquila y Prisca –o Priscila–, un matrimonio de comerciantes que habían conocido al Apóstol en Corinto; otras personas que aparecen citadas eran de origen judío, griego o del Asia Menor: se habían desplazado a vivir en la capital del Imperio después de haber oído predicar el Evangelio a Pablo en sus lugares de procedencia.

El tono afectuoso de esos saludos refleja la fraternidad que existía entre los primeros fieles. Pese a la variedad de proveniencias y condiciones sociales –desde esclavos hasta miembros de la nobleza–, estaban muy unidos. San Josemaría los describía como familias que vivieron de Cristo y que dieron a conocer a Cristo. Pequeñas comunidades cristianas, que fueron como centros de irradiación del mensaje evangélico. Hogares iguales

a los otros hogares de aquellos tiempos, pero animados de un espíritu nuevo, que contagiaba a quienes los conocían y los trataban. Eso fueron los primeros cristianos, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído (1).

El alojamiento de San Pablo en Roma

En este clima de estrecha unidad, es lógico que la llegada de San Pablo a la Urbe causara entre los cristianos de Roma una gran alegría. Algunos le debían la fe, como hemos mencionado, y todos habían oido hablar del Apóstol y tendrían grandes deseos de conocerlo. Además, la Carta que les había enviado en el año 57 o 58 constituía un notable motivo de gratitud. Era natural, por tanto, que quisieran abreviar la espera saliendo a su

encuentro por la Vía Apia. Unos lo alcanzaron en el Foro de Apio y otros en Tres Tabernas, a 69 y 53 kilómetros de Roma respectivamente. En los Hechos de los Apóstoles, se comenta que al verlos Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimos (2).

Una vez en Roma, a mediados del año 61, le fue permitido a Pablo vivir en una casa particular con un soldado que le custodiara 3. Los ciudadanos romanos tenían derecho a este tipo de prisión, llamada custodia militaris, a medio camino entre la custodia libera, o libertad vigilada, y la custodia publica, o detención penal. El prisionero podía escoger una residencia, y el militar que lo vigilaba debía acompañarlo a todas horas y tenerlo atado con una cadena al salir a la calle. Según una antigua tradición, el Apóstol residió en una casa de alquiler junto a la gran curva que describe el Tíber a la

altura de la Isla Tiberina. Era una zona densamente habitada, en la que vivían numerosos judíos. Según han mostrado algunas excavaciones arqueológicas, muchos de ellos eran curtidores.

Donde se encontraba esa casa, se alza la iglesia de San Paolo alla Regola, la única dedicada al Apóstol dentro de los antiguos muros de Roma. Según se entra, a la derecha, puede leerse en un arquitrabe: Divi Pauli Apostoli Hospitium et Schola, Alojamiento y Escuela de San Pablo Apóstol. En este lugar se ha encontrado un edificio de época imperial que, como otros de la zona, tenía adosado un amplio granero. Corresponde a la descripción de la casa de San Pablo que aparece en algunos documentos del siglo II; la presencia del espacioso granero explicaría cómo fue posible que, casi recién llegado a Roma, el Apóstol pudiera convocar en su alojamiento a un gran número de

judíos que vivían en la Urbe para anunciarles el Reino de Dios (4).

El resultado de aquella larga reunión fue que algunos hebreos creyeron, pero San Pablo también encontró mucha resistencia al Evangelio. Por eso, concluyó que a partir de entonces se iba a dedicar a los gentiles, porque ellos sí escucharían el mensaje de salvación (5).

Durante dos años permaneció San Pablo en aquella casa, extendiendo el fuego de su fe y amor a Cristo en pleno corazón de la Roma imperial. Prisionero –o al menos sin libertad de movimientos–, sin embargo estaba convencido de que todas las cosas son para bien de los que aman a Dios (6), y por eso podía escribir a los filipenses: quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han ocurrido han servido para mayor difusión del Evangelio, de tal modo que, ante el pretorio y ante todos los

demás, ha quedado patente que me encuentro encadenado por Cristo, y así la mayor parte de los hermanos en el Señor, alentados por mis cadenas, se han atrevido con más audacia a predicar sin miedo la palabra de Dios (7).

San Josemaría animaba a seguir el ejemplo del Apóstol San Pablo para ayudar a otras personas a acercarse a Dios: “Si meditamos con sentido espiritual ese texto de San Pablo, entenderemos que no tenemos más remedio que trabajar, al servicio de todas las almas. Otra cosa sería egoísmo. Si miramos nuestra vida con humildad, distinguiremos claramente que el Señor nos ha concedido, además de la gracia de la fe, talentos, cualidades. Ninguno de nosotros es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes. Hemos de poner esos talentos, esas cualidades,

al servicio de todos: utilizar esos dones de Dios como instrumentos para ayudar a descubrir a Cristo” (8).

El Señor bendijo con frutos abundantes esa actividad proselitista de los primeros tiempos de la Iglesia romana: con un apostolado personal, fueron haciendo prosélitos y, durante su cautividad, ya enviaba Pablo a las iglesias los saludos de los cristianos que vivían en la casa del César (Flp 4, 22). Esos cristianos de la casa del César eran funcionarios de la administración imperial. A los cristianos de Filipos sin duda les daba alegría comprobar que el Evangelio había llegado también a esos ambientes, desde los que tanto podía hacerse para cambiar la sociedad.

El lugar del martirio

El libro de los Hechos de los Apóstoles termina relatando que Pablo permaneció dos años

completos en el lugar que había alquilado, y recibía a todos los que acudían a él. Predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo (9).

Todo parece indicar que al cabo de ese periodo de tiempo –el máximo previsto por la ley romana para la custodia militaris–, San Pablo recobró su libertad y pudo dejar la Urbe para dirigirse a otros lugares. Al escribir a los romanos, años antes, ya había manifestado su intención de viajar a Hispania para predicar el Evangelio, y tal vez la puso por obra en el año 63 (10).

De lo que escribe en sus últimas cartas –a Timoteo y a Tito– se deduce que, entre el 63 y el 66 (o 67), San Pablo viajó por distintas ciudades de Grecia y de Asia Menor. Entretanto, durante el verano del año 64 había comenzado la cruel persecución neroniana contra los cristianos de

Roma, que luego se propagó a otras zonas del imperio. Posiblemente Pablo fue apresado en Tróade, ya que salió de esa ciudad sin llevar consigo ni siquiera su manto de viaje 11. Tras la detención, bajo la custodia de unos cuantos soldados, fue llevado de nuevo hasta Roma.

Este segundo cautiverio resultó mucho más riguroso que el anterior. Se trató de lo que el Derecho romano llamaba custodia publica, detención en la cárcel como un delincuente común. A Pablo –ya anciano y cansado– le pesa, en esta situación dura, verse alejado de sus más estrechos colaboradores. Sólo Lucas –el médico fiel– permanece a su lado, y el Apóstol escribe a Timoteo para que venga cuanto antes a Roma 12. Algunos de sus discípulos le habían abandonado a la hora de la dificultad, y sobre todo le duele la deserción de Demas, que le dejó por amor a la vida mundana 13. “Por una

bagatela, y por miedo a las persecuciones –comentaba san Josemaría–, traicionó la empresa divina un hombre, a quien San Pablo cita en otras epístolas entre los santos. Me hace temblar, al conocer mi pequeñez; y me lleva a exigirme fidelidad al Señor hasta en los sucesos que pueden parecer como indiferentes, porque, si no me sirven para unirme más a Él, ¡no los quiero!” (14).

Privado completamente de libertad y con el corazón herido por esas infidelidades, Pablo padecía como sólo pueden hacerlo quienes saben amar sin medida. Al mismo tiempo, su confianza total en el Señor le llenaba de ánimo, y exclamaba: estoy sufriendo hasta verme en cadenas como un malhechor: ¡pero la palabra de Dios no está encadenada! Por eso, todo lo soporto por los elegidos, para que también ellos alcancen la

salvación, que está en Cristo Jesús, junto con la gloria eterna (15).

Los cristianos de Roma procuraron estar cerca del Apóstol, atendiéndole en la medida en que lo permitía la persecución. San Pablo envía saludos de su parte a Timoteo, destacando los nombres de Eúbulo, Pudente, Lino y Claudia (16). En esos momentos, cuando escribe a su discípulo predilecto, el Apóstol ha acudido a la primera audiencia en el tribunal y ha logrado un aplazamiento de la causa (17). Sabe que cuenta con algunos meses de tiempo, y por eso insta a Timoteo para que se dé prisa en venir, antes del invierno. Sin embargo, Pablo no tiene dudas sobre cuál será la sentencia final: “estoy a punto de derramar mi sangre en sacrificio, y el momento de mi partida es inminente. He peleado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la merecida corona

que el Señor, el Justo Juez, me entregará aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que han deseado con amor su venida” (18).

No sabemos si Timoteo llegó a tiempo para dar el último abrazo a quien él y toda su familia debían la fe. Pablo fue condenado a muerte y ejecutado diez días después de la sentencia, como establecía la ley. Por tratarse de un ciudadano romano, se le decapitó sin presencia de público y fuera de los muros de la ciudad.

El lugar del martirio de San Pablo se encuentra en lo que actualmente es el barrio del EUR, al sur de Roma. Los habitantes de la ciudad denominaban ese sitio ad aquas salvias, y allí existía un cementerio cristiano desde el siglo III, y una iglesia desde el IV o el V. Según antiguas tradiciones, Pablo fue decapitado cerca de la carretera, en un lugar algo elevado y junto a un

pino; su cabeza, al caer por la pendiente, rebotó tres veces en el suelo haciendo brotar milagrosamente otras tantas fuentes: de ahí el nombre de San Pablo ad tres fontes, que tiene la antigua iglesia.

En el siglo VII, el Papa Onorio I hizo construir junto a la iglesia un monasterio en el que vivían monjes provenientes de Cilicia –la tierra de San Pablo–, alabando continuamente al Señor en el lugar donde el Apóstol fue martirizado. En el siglo XI esa abadía pasó a los benedictinos, y en 1140 a los cistercienses, que la habitaron hasta que, en 1867, Pío IX la concedió a los trapenses.

En el transcurso de los siglos no han faltado visitantes ilustres a la Abadía de las Tres Fuentes: Carlomagno rezó en la antigua iglesia en la Navidad del año 800; San Bernardo, mientras celebraba la Misa un día del año

1138, tuvo la visión de una escala que llevaba hasta el Cielo; y San Felipe Neri acudió en 1556 para rezar y pedir consejo a su confesor –uno de los monjes– sobre si debía o no irse como misionero a las Indias. El monje le dijo: “No vayas, Felipe, tus Indias están en Roma”, y estas palabras fueron refrendadas por un suceso sobrenatural.

La tumba en San Pablo Extramuros

El cuerpo de San Pablo fue enterrado en un cementerio que se encontraba en la vía Ostiense. Los cristianos enseguida adornaron su tumba con un trofeo, un modesto monumento similar al que se puso en la sepultura de San Pedro. El presbítero Gayo habla, a finales del siglo II, de los trofeos de los Apóstoles que fundaron la Iglesia de Roma, que se encuentran en el Vaticano y en la via Ostiense (19).

Después del edicto del año 313, el emperador Constantino hizo construir una basílica para custodiar y venerar la tumba del Apóstol de las Gentes. El templo era de dimensiones no muy grandes, y fue ampliado a finales del siglo III con la Basílica de los Tres Emperadores, llamada así porque la empezó Valentiniano II, prosiguió los trabajos Teodosio y la terminó Arcadio. El corazón de esta segunda basílica, como sucedía en la primera, era la tumba de San Pablo. En los dos casos, el altar estaba justo encima del sepulcro.

La basílica actual fue edificada en el siglo XIX, después de que un incendio destruyera la anterior en 1823. Durante las obras de reconstrucción, se desenterró la zona de la tumba y dos arquitectos hicieron algunos dibujos de su disposición. Aparte de lo que mostraban esos bocetos, más bien imprecisos, poco más se sabía de la sepultura, hasta que en

diciembre de 2006 se hizo público el hallazgo de un sarcófago de mármol, situado en la Confessio de la basílica y del que se piensa que es aquel en el que se depositaron los sagrados restos de San Pablo. Su hechura modesta contrasta con el acabado mucho más artístico de otros sarcófagos que se encontraron a su alrededor a mediados del XIX: la diferencia de calidad puede deberse a que, sabiendo que contenía los restos del Apóstol, los emperadores prefirieron dejarlo como estaba y no sustituirlo por otro más rico.

A los pocos días de haberse anunciado el hallazgo de este sarcófago, el 14 de diciembre estuvo rezando en la basílica el arzobispo ortodoxo de Atenas y de toda la Grecia. Ese mismo día había visitado al Papa en el Vaticano.

Intercambiaron regalos que manifestaban el anhelo de alcanzar la unidad: una representación de

Nuestra Señora como Panaghia –toda santa– y un icono con la imagen clásica del abrazo entre San Pedro y San Pablo. Ha sido la primera vez en la historia que un Primado de Grecia acude a visitar oficialmente al Papa. Sin duda, esta noticia alentadora nos impulsa a rezar con fuerza por la unidad de los cristianos. El ecumenismo es tarea de todos los cristianos. El Fundador del Opus Dei buscaba promoverlo en la vida diaria, haciendo que se vea la belleza amable de la fe en el trato con amigos que no son católicos.

“Expondré allí [en el proyecto de un libro] mis opiniones, que confío en que serán respetadas por los que piensen lo contrario, como respeto yo todas las opiniones distintas de la mía; como respeto a los que tienen un corazón grande y generoso, aunque no compartan conmigo la fe de Cristo. Os contaré una cosa que me ha sucedido muchas veces, la

última aquí, en Pamplona. Se me acercó un estudiante que quería saludarme. —Monseñor, yo no soy cristiano —me dijo—, soy mahometano. —Eres hijo de Dios como yo —le contesté. Y lo abracé con toda mi alma.” (20)

Notas

1. San Josemaría, Es Cristo que pasa, n. 30.
2. Hch 28, 15.
3. Hch 28, 16.
4. Cfr. Hch 28, 24.
5. Cfr. Hch 28, 28.
6. Cfr. Rm 8, 28.
7. Flp 1, 12-14. Los estudiosos no son unánimes en afirmar que San Pablo escribiera la Epístola a los Filipenses durante su primer cautiverio en Roma; hay quienes sostienen que se

encontraba en Éfeso. Tampoco existe unanimidad acerca de la cronología de los últimos años del Apóstol. La que aquí se sigue es legítima, como pueden serlo otras.

8. San Josemaría, Amigos de Dios, n. 258.

9. Hch 28, 30-31.

10. Cfr. Rm 15, 24. Se afirma que el Apóstol viajó efectivamente a España en el Fragmento Muratoriano y en la Epístola a los Corintios, de San Clemente Romano.

11. 2 Tm 4, 13.

12. Cfr. 2 Tm 4, 9-13.

13. 2 Tm 4, 10.

14. San Josemaría, Surco, n. 343.

15. 2 Tm 2, 8-10.

16. Cfr. 2 Tm 4, 21.

17. Cfr. 2 Tm 4, 16-17.

18. 2 Tm 4, 6-8.

19. Cfr. Las palabras de Gayo fueron transcritas por Eusebio de Cesarea en su Historia eclesiástica, Libro II, 25, 6-7.

20. San Josemaría, Conversaciones con Mons. Escrivá, n. 65.

10. Las «edicole» de la Virgen

Cuando en 1946 llegó a la Ciudad Eterna, san Josemaría Escrivá se llevó una gran alegría al comprobar que en sus calles abundan las representaciones de la Madonna. Solía preguntar a quienes vivían con él si las habían visto, y les animaba a descubrirlas y a dirigir unas palabras de cariño a Nuestra Señora.

Era un hábito ya adquirido en su juventud, como relata en sus apuntes íntimos: “Esta mañana volví sobre mis pasos, hecho un chiquitín, para saludar a la Señora, en su imagen de la calle de Atocha, en lo alto de la casa que allí tiene la Congregación de S. Felipe. Me había olvidado de saludarla: ¿qué niño pierde la ocasión de decir a su Madre que la quiere? Señora, que nunca sea yo un ex-niño” (San Josemaría Escrivá, Apuntes íntimos, citado en A. Vázquez de Prada, El fundador del Opus Dei, vol I, p. 341).

Por el centro histórico de Roma se reparten alrededor de quinientas “edicole” de la Virgen. Hasta mediados del siglo XIX eran casi tres mil, pero muchas desaparecieron tras las reformas urbanísticas que se realizaron a partir de 1870. La palabra “edicola” designa una pequeña construcción, a modo de templete o de vitrina, que protege la

imagen de las inclemencias del tiempo.

No está claro en qué momento comenzaron a ponerse estas representaciones de la Virgen por las calles, pero algunos autores sugieren que la difusión de esta costumbre está relacionada con una de las imágenes más queridas por los habitantes de la ciudad, venerada en la Basílica de Santa María la Mayor y conocida como Salus Populi Romani. Según una antigua tradición, el nombre de este ícono se debe a un milagro ocurrido en el año 590. Roma estaba invadida por la peste, y sus habitantes llevaron esta Virgen en procesión desde Santa María la Mayor hasta San Pedro, para implorar el fin de la epidemia. A la altura del mausoleo de Adriano, apareció un ángel que envainaba una espada, dando a entender que por intercesión de la Madonna cesaba el mal. Desde ese momento, la

fortaleza comenzó a llamarse Castel Sant'Angelo, y sobre las fachadas de las casas por donde había pasado el cortejo se colocaron como agradecimiento reproducciones de la Salus Populi Romani.

Durante la Edad Media y el Renacimiento se extendió aún más la costumbre de colocar imágenes por las calles para honrar a la Señora; a la memoria de algunas de estas representaciones aparecen ligados milagros. Hasta bien entrado el siglo XIX, no existía otra iluminación pública que la facilitada por las velas que los ciudadanos encendían ante Nuestra Señora. Servían también como puntos de referencia que los caminantes utilizaban para orientarse. Así lo explicaba un estudioso del arte sacro a finales del XIX: las lámparas perpetuas colocadas por los fieles delante de las imágenes marianas son al mismo tiempo signo de devoción y luz que

orienta al viandante; el cual, vislumbrando los rostros iluminados de María, no se pierde ni por los caminos de la vida, ni por los de la ciudad.

En la fachada de Via di Villa Sacchetti, n. 36 se encuentra una imagen de la Virgen de Loreto que – por deseo de san Josemaría- sigue esta tradición romana de enriquecer las fachadas de las casas. En 1957 estaba terminándose la construcción de esta parte del edificio y el fundador del Opus Dei quiso que se pusiera una Madonnella al estilo romano, con un soporte para colocar flores y encender velas. De esta manera, todo el que pasara por allí podría implorar la protección de Santa María. En la Piazza delle Cinque Lune, hay una edicola que tiene una portezuela que permite acceder a ella desde el interior de la fachada sobre la que se encuentra. San Josemaría pensó que este

sistema sería útil para facilitar la limpieza y cuidado de esta imagen, así que se copió la idea.

Se realizó en mosaico, un material duradero y apto para resistir el aire libre. Está encuadrada por un marco de travertino claro de Tívoli, que forma un contraste particular –típico de las construcciones romanas– con el revoque rojo de pozzolana.

San Josemaría dejó plasmado su amor por Santa María en ésta y otras muchas representaciones. Una devoción que, como explicaba san Josemaría, es una necesidad de hijos.

“Una mirada al mundo, una mirada al Pueblo de Dios, en este mes de mayo que comienza, nos hace contemplar el espectáculo de esa devoción mariana que se manifiesta en tantas costumbres, antiguas o nuevas, pero vividas con un mismo espíritu de amor.

Da alegría comprobar que la devoción a la Virgen está siempre viva, despertando en las almas cristianas el impulso sobrenatural para obrar como domestici Dei, como miembros de la familia de Dios” (Es Cristo que pasa, n. 139).

Algunas imágenes de la Virgen

Un elegante medallón oval, con la representación de la Virgen y el Niño, se descubre en un ángulo del Palacio Chigi, en Piazza Colonna, céntrico lugar de Roma. Destaca la figura de la Señora con su Hijo, en blanco marfileño sobre un fondo azul. Al estilo de las terracotas de los ceramistas florentinos Della Robbia, el amplio medallón –que pertenece seguramente a la segunda mitad del siglo XIX- se remata con una cornisa dorada, adornada en su parte superiro por unas cintas entrelazadas con unas hojas que culminan con la cabecita de un

angelote. En su parte inferior, una sencilla ménsula, con hojas de acanto, le sirve de apoyo.

En la **Fontana de Trevi** frente a la fuente, se descubre un sencillo monumento a María Santísima que puede datarse hacia el 1700. Se trata de una escultura de medio busto elaborada en piedra y colocada en el interior de un marco de estuco ovalado, que se encuentra entre la Via delle Muratte y el Vicolo del Forno. El plegado del traje y del manto recuerda al de las esculturas romanas clásicas. La primitiva lamparilla de aceite que, según la costumbre, iluminaba la imagen, ha sido sustituída por un brazo eléctrico que quiere recordar, en el cristal de la tulipa, las lenguecillas de la llama.

La **Plaza Redonda**, donde se encuentra el Panteón, está presidida por la señorial figura de Santa María que aparece en un destacado lugar.

Se trata de un fresco de notables dimensiones (1.50 por 1.00 metro) engrandecido aún más por un marco escultórico. Ocupa casi dos plantas del edificio: desde el entresuelo hasta el final del primer piso. Se desconoce el nombre del promotor de su emplazamiento, pero según el Catastro Gregoriano (1816-1859) Benigno y Alessandro Giorgi y Vicensio Michele de Rosi, ocuparon esta vivienda.

Sobre la base del testimonio iconográfico y la existencia del grabado de Vasi, correspondiente a 1775, se puede afirmar que la pintura fue realizada a mediados del siglo XVIII.

El tema de la Inmaculada aparece subrayado por la inscripción del Cantar de los Cantares destacada en la parte inferior: Tota Pulchra es, amica mea, et macula non est in te (Toda hermosa eres, amada mía, y

ninguna mancha hay en Ti). La iconografía se ciñe a los dictados de la tradición: el manto azul, las manos cruzadas sobre el pecho y, a sus pies, el globo terráqueo, la luna y la serpiente. Ciertamente la devoción a la Virgen Inmaculada estaba ya muy difundida en Roma, mucho antes de que Pío IX, en 1854, proclamara el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen.

11. San Juan de Letrán

Durante los primeros siglos, a causa de las persecuciones, la celebración de la Eucaristía y la catequesis tenían lugar en casas privadas que algunas familias cristianas –habitualmente las que contaban con mayores medios económicos y por tanto con moradas más amplias– ponían a disposición de la Iglesia. Eran las

primitivas iglesias domésticas, que en Roma también son llamadas títulos.

El titulus era una tablilla de madera que se colgaba en la entrada de las villas romanas, en la que estaba escrito el apellido del propietario; la vivienda también era denominada con el nombre de la gens, o linaje familiar.

Con el paso del tiempo, muchas domus ecclesiae acabaron siendo donadas a la Iglesia y, cuando hubo libertad, se edificaron templos cristianos sobre esos lugares venerables, cuya historia se remontaba a la época apostólica en algunos casos y a famosos mártires romanos en otros. A partir del siglo IV, cada una de estas primitivas iglesias domésticas fue dedicada a un santo; en bastantes ocasiones al antiguo propietario del inmueble,

que había entregado no sólo su casa sino la misma vida por la fe.

Los títulos que aparecen mencionados en algunos documentos antiguos trazan una especie de mapa en el que puede observarse cómo estaban distribuidos los cristianos por la Urbe hacia el siglo III. Los más antiguos son el *titulus Clementis* (hoy iglesia de San Clemente), *Anastasiae* (Santa Anastasia), *Vizantis* (Santos Juan y Pablo, en el Celio), *Equitii* (Santos Silvestre y Martín ai Monti, en el Esquilino), *Chrysogoni* (San Crisólogo, en el Trastevere), *Sabinae* (Santa Sabina, en el Aventino); *Gaii* (Santa Susana); *Crescentianae* (San Sixto) y *Pudentis* (Santa Pudenciana). Estos nueve títulos se remontan a los orígenes del cristianismo en Roma, y hay otros tres que datan de finales del siglo III: el *titulus Callisti* (hoy Santa María in Trastevere), *Ceciliae* (Santa Cecilia) y *Marcelli* (San Marcelo al Corso).

Se calcula que antes del Edicto de Milán (año 313) existían más de veinte títulos o iglesias domésticas en la Ciudad Eterna. Por entonces ya se había convertido al cristianismo aproximadamente un tercio de la población, pero esto no se reflejaba en la fisonomía urbana, debido a que la Iglesia carecía de personalidad jurídica. El emperador Constantino, además de autorizar públicamente el culto cristiano, promovió la construcción de las primeras basílicas cristianas, en Roma y en Jerusalén.

Un pueblo de noble estirpe

En la Ciudad Eterna, el primer templo cristiano que se edificó fue la basílica Lateranense, en los terrenos hasta entonces ocupados por un cuartel de la guardia privada del emperador. Durante bastantes siglos –hasta el periodo de Aviñón– allí estuvo la cátedra papal, por lo que

esta basílica merecía el título de cunctarum mater et caput ecclesiarum, que aún puede leerse en una inscripción junto a la entrada.

Al principio, recibió el nombre de Basílica del Salvador, pero en época medieval se dedicó también a San Juan Bautista y San Juan Evangelista. El Papa Silvestre la consagró en el año 318, aunque pasaron todavía algunos decenios hasta que se terminó por completo. Desde entonces, ha sido reconstruida varias veces a causa de saqueos, terremotos e incendios. La fábrica actual data de mediados del siglo XVII y se debe a Borromini, aunque la fachada y el ábside se transformaron posteriormente.

Un poco separado de la Basílica, en la esquina derecha de la gran plaza de San Giovanni, destaca un edificio de planta octogonal y aspecto antiguo, escuetamente adornado pero

armonioso de líneas. Es el baptisterio. Data del siglo V, y se levantó durante el pontificado de Sixto III, sobre uno primitivo que había mandado construir Constantino.

En las paredes, cinco frescos reproducen episodios de la vida de Constantino, entre los que podemos destacar el de la aparición de la Santa Cruz con la promesa: in hoc signo vinces (con este signo vencerás), sucedida –según la tradición– mientras el emperador acampaba con su ejercito en la zona de Saxa Rubra, la víspera de la batalla de Ponte Milvio en la que Constantino derrotó a Majencio.

La piscina circular donde antiguamente los cristianos eran bautizados por inmersión se encuentra en el centro, rodeada de ocho hermosas columnas de pórfido con capiteles jónicos y corintios.

Esas columnas sostienen un arquitrabe, que tiene escritos unos versos en latín, atribuidos al Papa San Sixto III (432-440), en los que se resume de manera admirable la doctrina cristiana sobre el Bautismo. Suenan tan magníficamente, que vale la pena leerlos en su lengua original. Debajo añadimos una traducción al castellano:

GENS SACRANDA POLIS HIC SEMINE
NASCITVR ALMO

QVAM FECVN DATIS SPIRITVS EDIT
AQVIS

VIRGINEO FETV GENITRIX ECCLESIA
NATOS

QVOS SPIRANTE DEO CONCIPIT
AMNE PARIT

COELORVM REGNVM SPERATE HOC
FONTE RENATI

NON RECIPIT FELIX VITA SEMEL
GENITOS

FONS HIC EST VITAE QVI TOTVM
DILVIT ORBEM

SVMENS DE CHRISTI VVLNERE
PRINCIPIVM

MERGERE PECCATOR SACRO
PVRGANTE FLVENTO

QVEM VETEREM ACCIPIET
PROFERET VNDA NOVVM

INSONS ESSE VOLENS ISTO
MVNDARE LAVACRO

SEV PATRIO PREMERIS CRIMINE SEV
PROPRIO

NVLLA RENASCENTVM EST
DISTANTIA QVOS FACIT VNVM

VNVS FONS VNVS SPIRITVS VNA
FIDES

NEC NVMERVS QVEMQVAM
SCELERVM NEC FORMA SVORVM

TERREAT HOC NATVS FLVMINE
SANCTVS ERIT

Aquí nace un pueblo de noble estirpe
destinado al Cielo,

que el Espíritu genera en las aguas
fecundadas.

La Madre Iglesia da a luz en el agua,
con un parto virginal,

a los que ha concebido por obra del
Espíritu divino.

Esperad el reino de los cielos, los
renacidos en esta fuente:

la vida beata no acoge a los nacidos
una sola vez.

Aquí está la fuente de la vida, que
lava toda la tierra,

que tiene su principio en las llagas de Cristo.

Sumérgete, pecador, en esta sagrada corriente purificadora,

cuyas ondas, a quien reciben envejecido, devolverán renovado.

Si quieres ser inocente, lávate en estas aguas,

tanto si te opreme el pecado heredado como el propio.

Nada separa ya a los que han renacido, hechos uno

por una sola fuente bautismal, un solo Espíritu, una sola fe.

A ninguno aterrorice el número o la gravedad de sus pecados:

el que ha nacido de esta agua viva será santo.

Apóstoles de apóstoles

Por el Bautismo todos los cristianos están llamados a la santidad y al apostolado. La inscripción del baptisterio laterano muestra que esa conciencia estaba muy viva en los orígenes del cristianismo. Por ello, San Josemaría al explicar el espíritu del Opus Dei lo comparaba con “la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo” (1).

En los primeros siglos, los neófitos eran bautizados con una triple inmersión –en honor de la Santísima Trinidad– en la piscina del baptisterio, y llevaban durante toda la semana siguiente una túnica blanca, como manifestación de que, una vez purificada su alma con las aguas de la regeneración, no querían volverla a manchar con el pecado. Si tenían la desgracia de caer, acudían

llenos de dolor al Sacramento de la Penitencia. ¡Pero qué grandes eran sus deseos de santidad, qué lejos estaba la suya de ser una lucha negativa...! Estaban felices de haber encontrado la Verdad y el Bien –el Amor de Dios– y deseaban también, como es natural, ir hacia Dios acompañados de muchos otros: parientes, amigos, vecinos, compañeros de oficio... Anunciaron el Evangelio con gozo y el Señor les concedió mucho fruto; pero sabemos que en ocasiones difundir el mensaje de salvación significó para ellos jugarse la vida o sufrir graves contradicciones. Sin embargo, los primeros cristianos no se detuvieron ante los obstáculos: en su conducta volvieron resonar muchas veces las palabras que pronunciaron Pedro y Juan cuando pretendían acallarles: “nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído” (2).

Hoy como ayer, atañe a los bautizados la tarea de trabajar para que la salvación llegue a todas partes y a todos los hombres (3). Por eso, los cristianos no sólo procuramos hacer apostolado personal, sino que además hemos de impulsar a nuestros amigos para que también ellos sean apóstoles y se comprometan en la maravillosa tarea de acercar almas a Cristo.

“Cada uno de vosotros ha de procurar ser un apóstol de apóstoles” (4), escribió san Josemaría en Camino. Dios cuenta con cada uno de los cristianos para que “todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (5). Por eso, es urgente que todos los bautizados tomen conciencia de su vocación a la santidad y al apostolado. Así acercarán a muchas personas a la felicidad y serán ellos mismos muy felices, porque llenarán de sentido cristiano y de esperanza

cualquier realidad humana: “por el Bautismo, somos portadores de la palabra de Cristo, que serena, que enciende y aquiega las conciencias heridas. Y para que el Señor actúe en nosotros y por nosotros, hemos de decirle que estamos dispuestos a luchar cada jornada, aunque nos veamos flojos e inútiles, aunque percibamos el peso inmenso de las miserias personales y de la pobre personal debilidad. Hemos de repetirle que confiamos en Él, en su asistencia: si es preciso, como Abraham, contra toda esperanza (Rm 4, 18). Así, trabajaremos con renovado empeño, y enseñaremos a la gente a reaccionar con serenidad, libres de odios, de recelos, de ignorancias, de incomprendiciones, de pesimismos, porque Dios todo lo puede” (6).

Notas

1. San Josemaría, Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 24.
 2. Hch 4, 20.
 3. Cfr. Concilio Vaticano II, Decreto Apostolicam actuositatem, n. 3.
 4. San Josemaría, Camino, n. 920.
 5. 1 Tm 2, 4.
 6. San Josemaría, Amigos de Dios, n. 210
-

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-hn/article/para-viajar-a-roma/> (08/02/2026)